

NAVARRO VILLOSLADA, FRANCISCO (1818-1895)

ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

ÍNDICE

El libro de Job
Madrid de arriba
País de efecto de luna
Un hombre público
Mi vecina
Aventuras de un filarmónico

EL LIBRO DE JOB

El libro que vamos a examinar es el más antiguo del mundo, y compuesto por Moisés antes probablemente del Pentateucos. Por esta sola consideración era acreedor a nuestro más profundo respeto, como los restos arqueológicos de tiempos desconocidos; pero si atendemos al alto origen de esta obra, que se remonta nada menos que a la divinidad, el respeto se convierte en veneración religiosa.

Nosotros, prescindiendo de esta circunstancia que le pone fuera del alcance de la crítica, hablaremos del libro de Job como de una producción del entendimiento humano, como quiera que el Señor, al inspirar sus misterios a los autores de sus sagrados cantos, se acomodó a la capacidad y estilo de cada uno.

Sin embargo, lugar es éste de declarar que los que de literatura religiosa escribimos no miramos la Religión Cristiana y la Biblia como una brillante mitología, cuyos sueños mas o menos espléndidos y apacibles nos proponemos explotar, como ya se dijo de Chateaubriand, para que su magia se refleje en nuestros pálidos escritos: no, si algún mérito pueden tener los que salgan de nuestra pluma es el de brotar del corazón, bañados en él las dulces lágrimas que los consuelos de la fe cristiana hacen asomar a nuestros ojos.

La poesía hebrea tiene como la de todos los pueblos un sello, un carácter peculiar que la distinguen aun entre los mismos orientales. En los monumentos que de ella nos restan, ya derramados en los libros prosaicos de la Biblia, ya formando un cuerpo aparte de ese archivo de las armonías y de los misterios del Señor, apenas hay género alguno intacto, desde el sencillo pastoril, hasta el lírico y épico sublimes. Pero todo bajo formas extrañas

para nosotros, que por muchos siglos hemos marchado como encajonados entre los valladares que levantan los serviles imitadores de los griegos. El estilo varía según la diversidad de autores, según su carácter y condición social; pero en todos hay una vehemencia y energía de pensamientos que raya muchas veces en dureza; en todos sencillez y lisura en la frase, y un raudal impetuoso de incierto y revuelto giro en la fantasía, que obliga al poeta a adoptar ya el estilo narrativo, ya el dramático, con transiciones bruscas y repentinas. Por último, distínguese la poesía hebrea en la magnificencia de sus ideas y en la estructura del verso y de la sentencia.

Aún no se ha podido averiguar con seguridad la índole particular de su prosodia y metrificación; y como quiera que carezcamos de pauta segura en la pronunciación de sus palabras y entonación de las sílabas, es muy fácil sin embargo distinguir los libros poéticos entre los prosaicos de la Biblia, no sólo por su estilo, sino también por el corte de sus períodos.

Los hebreos cantaban en el templo sus himnos o salmos a coros: uno de éstos entonaba la mitad de la estrofa, y el otro la cerraba cantando la otra mitad. El primero emitía un concepto, una sentencia, y el segundo la repetía con distintas palabras, la amplificaba, o bien por antítesis presentaba en contraste un pensamiento opuesto.

Decía el uno por ejemplo:

Los cielos cuentan la gloria de Dios.

Y respondía el otro: *Y las obras de sus manos anuncian el firmamento.*

El 1.º *Perezca el día en que nací.*

Y el 2.º *Y la noche en que por mí se dijo: concebido queda un varón.*

No obstante esta gran diferencia material que existe entre la poesía sagada y la profana, aún es mucho mayor si descendemos al fondo de los pensamientos, como que la una bebía en purísimas fuentes emanadas del trono del mismo Dios, y la otra se abrevaba en los raudales de inspiración de la naturaleza impuros, ya desde el pecado del primer hombre. Es curioso sin embargo comparar a Salomón que en el CANTAR DE LOS CANTARES se aleja más al parecer de su divino objeto, con Teócrito, Moses y Bion bucólicos griegos, con los cuales tiene la mayor analogía. Teócrito es el poeta griego de más sencillez y de mayor ternura, y no obstante ¡qué frío parece al lado de los dulcísimos arranques y melancólicas inquietudes de la enamorada esposa! Es necesario convenir con la iglesia para comprenderlos completamente que en aquellos suaves coloquios y dolientes arrullos se encierra un amor desconocido en el mundo, y que es un destello del de la fruición de los bienaventurados.

Los dioses de los griegos no eran más que hombres, y no por cierto de los mejores, con todas sus debilidades y pasiones, y con el triste privilegio de la perpetuidad de una vida que llegaba a serles aborrecible. El Júpiter de Homero con una perfidia que los mayores apasionados de este célebre poeta no han sabido disculpar, es tan pérfido, que envía un sueño engañoso a Agamenón, para que este príncipe teniéndole por una inspiración divina, salga al combate, y sea víctima de los troyanos. En el Dios de la Biblia a pesar de

la terrible magnificencia de que se ciñó en el monte de Sinaí, se deja ver al mismo Dios del Evangelio, padre universal de todo lo criado, rebosando bondad, y muriendo por último para abrir las puertas del cielo a sus verdugos.

El pasaje en que Homero pinta con mayor sublimidad a Júpiter; el pasaje citado justamente como uno de los trozos más brillantes de la Iliada, es el siguiente:

Dijo, así: y el Saturnio mover hace
Sus formidables cejas. Los cabellos
Que ambrosía destilan, se estremecen
En la inmortal cabeza del Tonante,
Y hace que todo tiemble el gran Olimpo.

El Dios de la Biblia, se retrata generalmente en sus palabras, lo cual supone mayor inspiración, mayor conocimiento de su esencia.

Dice: *sea la luz: y fue la luz*; le preguntan, ¿quién eres?, responde en una sola palabra: *yo soy el que soy*; esto es: yo soy el que existo por mí; todo lo cual significa la palabra JEHOVÁ. Ponderando Dios a Job la distancia de la criatura al Criador, después de acumularle mil imágenes sublimes, le dice *Nunquid mites fulgura, et ibunt, et revertentia dicent tibi: adsumus?* He aquí el lenguaje de un Dios Omnipotente; las arengas de Júpiter y de todas las divinidades del Olimpo demuestran claramente que son obra de los hombres.

Cuando la Biblia quiere pintar a Dios, no se contenta con hacer estremecer los cielos como Homero: con una rapidez inconcebible de imaginación, en poquísimas palabras reúne cuanto sublime puede caber en la mente del hombre: fuego, rayos, torbellinos, oscuridad, truenos y estremecimiento, todo se reúne en uno o dos versículos, y hace aparecer al Dios de Sinaí infundiendo asombro al universo. Todo desaparece a la llegada del Señor, y él es siempre la única figura de cuadro tan magnífico y misterioso.

Esta sublimidad, este lujo de imágenes terribles y de rapidísimas y vivas comparaciones, es más común en Job que en todos los poemas sagrados.

Se ha dudado hasta de la existencia de este personaje, cuyo nombre es el símbolo de la paciencia y del sufrimiento en todas las lenguas cultas; sin embargo, testimonios irrecusables deben desvanecer hasta el menor asomo de duda. Job, según la opinión más recibida, fue rey de alguna pequeña comarca de la Arabia desierta, y descendiente de Abraham por Esaú; y como en el tiempo en que se supone su existencia (poco antes de Moisés) no había ley alguna escrita, viva según la natural como Melquisedes el Sacerdote del Altísimo, y otros varones justos. Algunos filósofos modernos han asegurado que el libro de Job era una especie de poema dramático, más antiguo aún que Moisés, y que principiaba desde el capítulo tercero, fundados únicamente en que desde ese capítulo empieza el verso, siendo los dos anteriores al aparecer escritos en prosa. Quiénes le hacen también de origen persa, sin duda con el afán de arrancar su más brillante joya a la poesía hebrea; pero estos asertos que destituidos de fundamento ni aún puede pasar por hipótesis, no bastan a destruir la tradición de tantos siglos, y las decisiones canónicas.

Por otra parte, la índole y la estructura de sus períodos no sólo son conformes al carácter general de los poemas hebraicos, sino que tiene todavía, según los conocedores del idioma, el estilo particular del de Moisés, y no hay sino comparar los cánticos del *cantemus dominum* y el de Séfora para convencerse de esta verdad.

El objeto que tuvo el Señor inspirando este poema al caudillo de su pueblo fue, como dice el señor Amat, el de presentarles un ejemplo de paciencia y resignación durante su larga y penosa resignación por el desierto.

Al escribir el libro de Job propúsose Moisés, como dijimos en nuestros anteriores párrafos presentar a los hebreos un dechado de sublime paciencia y sufrimiento, que les animase a sobrellevar los padecimientos inevitables en su larga peregrinación por el desierto. Este objeto, secundario si se quiere, puesto que más altos y misteriosos fines debía abrigar la palabra de Dios, no podía ser ni más propio, ni más oportuno de parte del caudillo de Israel, pueblo ingrato y murmurador, una vez que aquel estado incierto y transitorio debía prolongarse hasta cuarenta años, siempre pisando arenales estériles, necesitando la milagrosa vara de Aaraon para aplacar la sed devoradora, y que el sustento lloviese de los cielos para satisfacer el hambre y conseguir una victoria para dar un solo paso.

El ejemplo de Job, varón temeroso de Dios pero que no pertenecía a su escogido pueblo rey de la Idumea oriental, colmado de riquezas y nadando en prosperidades, convertido súbitamente en asqueroso mendigo, abandonado y desconocido hasta de su propia mujer, rodeado de tres amigos que en vez de consolarle le insultaban, y restituído en fin con centuplicado aumento a sus antiguos goces, ¡cuánto aliento no debía infundir a los israelitas que de día en día estaban esperando una tierra de promisión que parecía huir ante sus ojos! Pero Moisés al trazar el cuadro de las miserias humanas combatidas por la resignación triunfante, no quiso encerrarse en tan grandioso pero limitado círculo, sino que al mismo tiempo planteó y dilucidó una cuestión de metafísica divina, a la que tanto propende el aguzado ingenio oriental. Cuestión sobre el gobierno temporal de la providencia en el mundo moral, en la que se trata de averiguar si los malos son felices en esta vida, aunque desgraciados en la eterna; y si los justos deben ser venturosos en el cielo a costa de los tormentos que hayan sufrido en la tierra.

Moisés tuvo que luchar con la preocupación de que las felicidades temporales no se reparten con igualdad entre los hombres, preocupación que existe hoy tan arraigada como en aquellos tiempos lo estaba en la mente de los amigos de Job. Desde que éstos la suscitaron ha sido examinada mil y mil veces hasta nuestros días, y es forzoso convenir en que los autores ascéticos han sentado con este motivo proposiciones peligrosas, que pueden retraer a las almas tibias del camino de la virtud. Sin duda que el entendimiento de estos hombres empapado en celestial sabiduría no ha sabido comprender otros goces, que los que emanan inmediatamente de la presencia del Señor, y a sus endiosados labios le causan hastío los manjares que saborean con gusto los menos delicados.

Conocido el objeto y fondo de la obra, pasemos a examinar su desempeño.

Desde que Homero principió con tan poca ampulosidad y arrogancia la obra más grande y más sublime que han inspirado las musas profanas, Aristóteles y los demás preceptistas

que erigieron en reglas del arte las proposiciones que resultaron después de bien medido a compás el poema del cantor de Aquiles, establecieron por una de ellas que la introducción debía ser clara, sencilla y poco elevada. Casi todos los poetas griegos siguieron esta máxima. Teócrito las pocas veces que es descriptivo y narrador es trivial, pero conciso en extremo. Los latinos se apartaron algo de esta costumbre; Virgilio sin embargo es modesto y sencillo todavía; pero donde hay que buscar estos dotes y elevados al más alto grado de perfección, es en el libro de Job. Imposible parece que un poema donde el lujo poético brota a borbotones, donde las imágenes y conceptos más elevados están amontonados en grupos colosales como el que con montañas formaron los gigantes de la fábula para escalar el ciclo, comience de esta manera.

Había en la tierra de Hus un varón llamado Job, hombre sencillo, recto y temeroso de Dios, y que se apartaba del mal...

Indudablemente un poeta mediano, un poeta de los siglos presentes, en que tan distantes estamos de conocer los verdaderos arranques de la naturaleza que nuestros ojos miran por el viciado prisma de la civilización refinada, hubiera puesto en tortura su fantasía para abrir el magnífico poema con el aparato y estruendo que revelase su importancia. El cantor divino se lanza a su objeto por el camino más corto; el trastorno, el éxtasis del poeta al sentirse inspirado, es para él un estado habitual: nada le asombra, nada le sorprende, y para dar a conocer a su héroe apenas emplea media docena de palabras. Pero nada le sobra, nada le falta; quitadle una sola, y el retrato queda incompleto. Ésta es la piedra de toque del verdadero talento.

Con igual laconismo, con igual *justeza e ingenuidad*, si nos es lícito hablar así nos informa exactamente de sus riquezas, familia y ocupaciones análogas a la idea que de Job nos ha hecho concebir; y todo en cinco versículos y en muy pocas más frases. La imaginación del poeta se remonta sin hacer el menos esfuerzo hasta los cielos, y nos describe al Señor en medio de sus ángeles, y a Satanás también que se aparece entre ellos.

-¡De donde vendrás tú!, le dice el Señor; y él responde: -Vengo de dar la vuelta por toda la tierra, y de recorrerla toda.

¿Has parado tu atención en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón sencillo, recto, y temeroso de Dios, y ajeno de todo mal?

Parece que vemos aquí a todo un Dios complacerse en la obra de sus manos, por lo mismo que se detiene tanto en recordar sus virtudes. Respóndele Satanás:

-¡Acaso Job sirve a Dios de balde! ¿No le tienes a cubierto de todo mal?

... ¿No has echado la bendición sobre las obras de sus manos?... Extiende un poquito la tuya, y toca a sus bienes, y verás como en tu cara te desprecia.

-Ahora bien, todo cuanto poseo lo dejo a tu disposición; pero no extiendas la mano a su persona.

Desde este instante comienza el interés del libro: interés grande, inmenso que abarca la divinidad y la humanidad entera; interés que en todos los siglos debe excitar igualmente,

porque es eterna la lucha del bien y del mal. Nótese aquí también a cuántos autores no ha servido de modelo esta introducción; pero ninguno ha sabido conservar la sencillez del original primitivo que constituye el fondo de su mérito, desapareciendo la cual, desaparece con ella la sublimidad. Los coros de ángeles, las descripciones magníficas, la cohorte de bienaventurados que otros introducen, no hacen más que sobrecargarla de adorno con mengua del efecto. A los profetas de Sión les era familiar la presencia del Altísimo, y por lo mismo nos la pinta en dos palabras: «Bajó Dios y dijo...».

El demonio hace llover desastres y calamidades sobre los hijos, sobre los bienes, sobre los objetos más queridos del varón justo, los mensajeros fatales se atropellan unos a otros para venir a notificarle desolaciones sobre desolaciones; el mundo parece arruinarse en torno suyo; él solo queda con vida para llorar sobre sus ruinas. El furor del infierno se ha agotado, y Job exclama:

Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a la tierra.

El señor me lo dio todo; el señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del señor.

Satanás ha sido derrotado con estas edificantes palabras. La resignación del rey de la Idumea es una virtud heroica que no formaba parte en el catálogo de virtudes gentílicas. En los paganos se suplía por el orgullo y egoísmo. Diógenes cuando por único favor pedía desde su tinaja al emperador Alejandro, que no le quitase el sol, cedía a un movimiento de vanidad la más refinada. Cincinato cuando dejaba el cetro por el arado en circunstancias espinosas, marchaba en pos de sus comodidades domésticas; pero en las grandes calamidades en que Job besa la mano que empuñó el enemigo azote, los Brutos y los Catones se suicidan.

La obstinación es el sello de las almas réprobas: despechado Satán osa volver a la presencia de Dios, y demanda el permiso para afligir al *justo* personalmente. El Señor se lo concede.

La rabia de Satanás se ceba en el predilecto del Altísimo, y le cubre de una úlcera que le cogía desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza; y el príncipe más poderoso de aquella comarca, sentado en un estercolero, se rae con una teja la podredumbre. Job todavía bendecía al Señor, y su mujer le insulta de esta manera.

-Sí, bendice a Dios y muérete.

Tres príncipes amigos vienen a visitarle y están sentados a su lado siete días sin hablarle una palabra. Ya se sabe que el número *siete* se toma en hebreo indefinidamente por muchos, como en castellano *cien y mil*.

Al cabo de este tiempo abrió Job sus labios...

Desde aquí principia a remontarse el estilo del poema: los labios de Job son el cauce de un torrente cada vez más impetuoso, más fecundo cada vez.

¡Qué imágenes tan enérgicas, tan terribles para pintar su profunda melancolía!

¿Por qué no morí yo en las entrañas de mi madre; o salido a luz no perecí luego? ¿Para qué al nacer me acogieron en el regazo? ¿Para qué me arrimaron el pecho a fin de que mamase? Pues yo ahora estaría durmiendo en el silencio de la muerte, y en mi sueño lograría mi reposo... ¿Por qué se concedió la vida a un hombre que no ve el camino por donde anda, habiéndole Dios cercado de tinieblas? Suspiro antes de tomar alimento: y suenan mis rugidos como las aguas que inundan.

Desahogado apenas el corazón de Job con estas lamentaciones, entablan sus tres amigos la disputa sobre su inocencia y el temporal de la Providencia divina; y el resto del libro es una serie de argumentos y contestaciones que se termina con la aparición del Señor, y que al dar a su siervo la razón, le reprende no obstante de algunas inconsideraciones. Manda también a sus amigos que hagan un sacrificio en expiación de las culpas que han cometido, y aplacado por la oración de Job, los perdona y devuelve a éste doblados bienes de los que antes poseía.

Como muestra del estilo de este precioso libro, copiaremos aquí dos diversas descripciones, la una de su presente miseria, y la otra de su felicidad antigua.

Mis males pesan más que la arena del mar; de aquí es que mis palabras están llenas de dolor. Porque todas las saetas del Señor están clavadas en mí; el veneno de ellas va corroyendo mi espíritu, y terrores del Señor combaten contra mí. ¿Por ventura brama el buey teniendo delante un pesebre bien provisto? ¿Habrá quién coma con gusto lo que probado causa la muerte? Las cosas que antes ni hubiera querido siquiera tocar, ahora en la estrechez en que me hallo son mi alimento. ¡Quién me diera... que el que ha comenzado a herirme acabe conmigo; deje caer su mano y corte mi vida!... Mirad como yo por mí no puedo valerme, y como hasta los más allegados míos me han abandonado. Quien no tiene compasión de su amigo, abandona el santo temor de Dios. Mis hermanos han pasado de largo delante de mí, como pasa un rápido torrente por las cañadas.

La pintura de su felicidad pasada no puede ser mas poética:

¡Quién me diera volver a ser como en los tiempos pasados, como en aquellos días venturosos en que Dios me tenía bajo de su custodia y amparo!, entonces que su antorcha resplandecía sobre mi cabeza, y guiado por esta luz caminaba yo seguro entre las tinieblas como fui en los días de mi mocedad, cuando Dios entraba secretamente en mi casa; cuando el Todopoderoso estaba conmigo y alrededor de toda mi familia: cuando lavaba mis pies con la nata de la leche, y hasta las peñas me brotaban arroyos de aceite: cuando salía a las puertas de la ciudad y en la plaza me disponían un asiento distinguido. En viéndome los jóvenes se retiraban y los ancianos se levantaban y mantenían en pie... Me llenaba de bendiciones el que sin mí hubiera perecido; y yo confortaba el corazón de la viuda. Porque siempre me revestí de justicia, y mi equidad me ha servido de manto y de diadema. Era yo ojos para el ciego y pies para el cojo... Quebrantaba las quijadas a los malvados, y les sacaba la presa de entre sus dientes. Y yo me decía: moriré en paz en mi nido, y como la palma multiplicaré mis días. Está mi raíz extendida junto a la corriente de las aguas, y el rocío descansará sobre mis ramos... Los que me escuchaban estaban aguardando mi parecer y atendían silenciosos mi consejo... y como rocío así caían sobre ellos mis discursos. Aguardábanme como a la lluvia de los campos, y abrían su boca como la tierra seca a las aguas tardías.

Es imposible citar en ningún autor profano un trozo cuajado de imágenes más vivas, más tiernas y más sencillas. ¡Cuánto sentimos no poderlo insertar íntegro, cuánto tener que renunciar a otros mil y mil pasajes iguales a éste! ¡Léase el discurso que pone en boca del Señor sobre su poder divino, y la distancia que media entre la criatura y el criador! Léase la profecía de la resurrección de la carne: léase el libro entero, pues todo él es el colmo de la perfección humana. ¡A su lado, qué pálidos parecen los héroes de Ilion y los dioses del Olimpo! El libro de Job no necesita estar declarado auténtico por la iglesia: basta leerlo para conocer que no puede ser obra de los hombres.

MADRID DE ARRIBA

La verdad y la bondad relativas están muy lejos de ser la verdad y la bondad absolutas, y lo que en un concepto, y bajo un punto de vista nos parece bello, útil y agradable, examinado por otro lo juzgamos repugnante, inútil y aborrecible. Así no hay cosa más fatal en este mundo para los adelantos y aprovechamientos del hombre que los conocimientos a medias, los estudios incompletos, los exámenes parciales, los casi sabios, los semieruditos; las medianías en fin, cuyo imperio se ha creído la plaga de las bellas artes, y nosotros creemos la plaga del universo.

El que forma su juicio y lo emite sin aprensión de buenas a primeras al retratarse la imagen de un objeto en sus ojos o en su corazón, está expuesto a contradecirse algunos momentos después, o a mantener con acaloramiento un error, si no quiere arrostrar la mortificación que sufre el amor propio al confesar su equivocación o engaño.

Espantan por eso las consecuencias que en este siglo se han de experimentar de la educación frívola, de los conocimientos superficiales que ahora se usan; y más que todo, del espíritu de orgullo que con ellos se nos infunde, para no desdecirnos ni retractarnos, para sostener el error como verdad inconcusa, el juicio precipitado, como la más profunda de nuestras convicciones.

¿Qué es lo que ahora se llama conciencia política, opiniones y principios? En algunos, en muy pocos, es el resultado de estudios detenidos, de madura experiencia, de comparaciones y desengaños; en los más, cuando no es el resultado del propio interés, del que no hace ahora a nuestro propósito hablar, es la consecuencia de una manifestación pública y ligera de una opinión acerca de una cosa que no entendíamos, y que luego nos consideramos obligados a sostener toda la vida por no incurrir en la de ser considerados tornadizos.

Pregúntese a la mayor parte de nuestros hombres de estado y de gobierno ¿por qué defienden con tanto calor, con tan bien fingido convencimiento los principios tales o cuales? La verdad es, que en el parlamento, que en la prensa, que en una reunión pública, han soltado un voto, una proposición, un artículo, de que luego se han arrepentido, porque cedieron nada más que a un influjo pasajero, a un examen efímero.

¿Por qué abundan hoy entre los sabios las teorías extravagantes, los absurdos más ridículos?, ¿por qué los mas solemnes desatinos se quieren sostener con el aparato de creencias, de opiniones y de sistemas? Porque se saben muy poco profundamente las

cosas, y con nuestro poco saber queremos parodiar a Newton, a Copérnico, a Galileo, a Colón, a Bacon, a Vives y a tantos otros cuyos pensamientos han sido un nuevo sol arrojado en ese mundo infinito de la inteligencia, en el cual nos estaba reservado el modesto destino de satélites de algún planeta de segundo o tercer orden.

Aquellas luminarias no han aparecido en las esferas al calor del ponche de un café, ni en el arrebato de una declamación improvisada, ni en libros escritos en el papel continuo de los folletines; han sido el fruto de interminables vigilias, de estudios sólidos, y de hondas meditaciones, en que se han ejercitado los más privilegiados ingenios, que miraban las cosas por un lado, las examinaban por el otro, las veían por dentro, por fuera, de arriba abajo.

El estudio, el trabajo son una cosa insoportable en este siglo de obras, y de viajes al vapor, y de socialismo no menos vaporoso. Saber sin estudiar, y comer sin trabajar son los dos grandes lemas de la sociedad presente, que con la fuerza de más de doscientos caballos (las fuerzas se miden ahora por cuadrúpedos) de un zoquete hace un filósofo, un ministro, y de un filántropo un capitalista.

¿Quién es el que ahora ve las cosas de frente, que se tome el trabajo de volverlas para contemplarlas de espaldas? No, señor. Ya no hay calma filosófica, ni paciencia, ni tiempo. Así se ve hoy con tanta frecuencia los contrastes que nos ofrecían los Demócritos y Heráclitos que lloraban y se reían de una misma cosa.

Llega hoy un viajero francés a reponerse de las fatigas del espíritu o traído de su volubilidad que no le permite estarse quieto en ninguna parte, o porque es moda venir a España. Como trata de dejar dinero, permanece aquí poquísimos días. Otra cosa fuera si llegase con patente de introducción para chuparnos hasta la médula espinal. Ocho días le bastan para recorrer veinte y cuatro mil leguas que tiene la superficie de nuestro suelo, y cuatro para escribir otros tantos tomos de cartas filosóficas sobre España; cuyo clima, costumbres, cultura, literatura, industria y comercio ha examinado en una semana, y aún le ha quedado tiempo para recorrer una de las cuatro partes del mundo. Por supuesto, que en prueba de la realidad de sus viajes, porque también en Francia se viaja sin moverse del café de París o de Tortoni alrededor del monte Sinaí, empedrará sus cuatro tomos con palabras que tienen la pretensión de pasar por españolas, y sirven para dar a la obra lo que se llama *colorido local*, y sobre todo sirven para hacerla ininteligible a los españoles y a los franceses.

Un paseo militar es lo bastante para conocernos mejor que nosotros mismos, y para pintarnos de modo que nosotros mismos no nos conozcamos, incluso la madre que nos parió.

¿Nos quiere bien? ¿Le choca nuestro cielo despejado, nuestras costumbres francas, nuestro templado clima? ¿No ha tenido felizmente ningún percance en el camino? ¿No le han robado, ni ha volcado la diligencia, ni las posaderas le han torcido el hocico? ¡Venturosos nosotros los españoles, que a tan poca costa nos hemos conquistado un apologista para quien Circasia no tendrá mujeres comparables a nuestras manolas, ni héroes la antigüedad que puedan descalzar a nuestros toreros ni los salvajes del Canadá

costumbres más sencillas que nuestros gitanos! Su libro no debe titularse: *Cartas sobre España*, sino *España a la luz de bengala*, y con acompañamiento de violón, por Mr. A.

Por el contrario; ¡miseros de nosotros si en el parador A o B no encuentra nuestro escritor pavos con trufas, si nuestro sol le da dolor de cabeza, o si un destacamento de guardias civiles se le antoja una partida de ladrones! Pues ya nuestras danzas serán insulsas, nuestras mujeres sucias, nuestros toreros bárbaros. Su libro no debe titularse, *Mas allá de los montes* sino *Mas allá de Europa*.

Sólo vemos las cosas por el lado feo, o por el lado hermoso. Exagerados, parciales, injustos siempre; porque la justicia y la imparcialidad, exigen detenimiento, cuestan mucho tiempo, y ahora se piensa, se escribe, se pinta en carros de vapor.

El caso aquel de los tres pintores de la antigüedad encargados de retratar a una mujer hermosísima, pero tuerta, debe servirnos de ejemplo y enseñanza. Uno de ellos adulator, poco diestro, no queriendo deslucir con esta falta un rostro tan bello, sin andarse en escrúpulos la pintó con los dos ojos igualmente buenos, el otro no queriendo faltar a la verdad la retrató tal como era: tuerta; mas el tercero conciliando la verdad con la lisonja la retrató de perfil y por el lado del ojo bueno. La mentira del primero a nadie conviene, y será de todos reprobada; la verdad severa del segundo es la imagen de la crítica que debe presentar las cosas tal como son: pero la ingeniosa ocultación del último es el tipo de las bellas artes que deben conciliar la belleza con la verdad.

Sin embargo ni la crítica, ni la filosofía ni la pintura, ni la poesía, pueden obtener estos resultados, sin conocer antes las cosas bajo todos sus aspectos.

Y no sólo es preciso atenerse en el juicio de las cosas a las variaciones que ellas tienen en sí mismas, sino a las que nosotros estemos sujetos. Es ya común el dicho de que el hombre forma sus juicios con arreglo a su estómago, y que según el buen o mal estado de esta entraña, así le parecen las cosas feas o bonitas. El canónigo de aquella comedia que en compañía de su ama, y sentado a una mesa cubierta de ricos manjares, enarbolando una polla exclamaba:

¡Ay ama!, ¡qué bueno es Dios! es una prueba de lo dispuesto que entonces se halla uno para echar bendiciones. Así es como un hombre teniendo satisfechas todas sus necesidades y aun sus antojos, al salir en una mañana de primavera a la calle dice:

El mundo es bello, sí; ¡la vida es bella!

Dios en sus obras el placer derrama.

Pero el que después de haberse acostado sin cenar pasó la noche revolcándose en un colchón tísico, pugnando por sacudirse de los insectos que le consumían cantará sarcásticamente como el otro al asomarse a la ventana:

¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!

¡Al fin como de Dios obra maestra!

Después del estómago, la limpieza y el aseo del cuerpo influyen también en nuestro ánimo, y modifican nuestros pensamientos. Acaso no haya un hombre habitualmente sucio y desaliñado que pueda concebir nobles y generosas ideas. Un famoso médico decía que abundaban más los crímenes donde los hombres andaban más groseramente vestidos. Casi todos los escritores de estilo culto y elegante han sido tan esmerados y pulcros en sus personas como en sus escritos. Cervantes lo fue en medio de su pobreza: y sabido es que el elocuente y poético Buffon no podía escribir una sola frase sino después de haber pasado algunas horas en el tocador.

Pero sobre todas estas causas accidentales y pasajeras, acaso no hay una de mayor influencia que el habitual estado de pobreza o de bienestar, de escasez o de abundancia. El prisma del hambre tiñe todos los objetos de un color amarillento: convierte las más bellas y frescas hermosuras en cadáveres ambulantes, marchita las flores más lozanas, amengua las colosales proporciones, adelgaza las formas mórbidas, y a la misma sonrisa la presta su melancolía. El hambre sin embargo, y por una de esas contradicciones aparentes del corazón humano, se ríe, se chancea, y se divierte consigo misma, y con todos los demás; pero su risa es sarcástica: esa risa es su venganza, y tal vez en lo que nos parece un libro escrito con humor festivo y con la intención de entretener, se descubre una obra cuyas páginas están empapadas en lágrimas de amargura, y lo que hoy era una fábula que tenía por objeto pintarnos las chistosas locuras de un hombre empeñado en resucitar las hazañas de los libros de caballerías, es mañana la más cruel acusación de un siglo en que principiaban a decaer la fe, la abnegación y el entusiasmo, cuya personificación es don Quijote.

Ahora bien, nosotros queremos demostrar con ejemplos prácticos en estos artículos, la verdad de todo ese indigesto fárrago de filosofía que hemos querido sentar, y procurando ponernos en el lugar del pobre que ve todas las cosas de color pálido como el tinte de sus ojos, y en el lugar del rico que las ve de color de rosa examinaremos por estos dos lentes unos mismos sucesos. Subiremos a la altura donde descuellan los unos, y desde la elevación del poder y de las riquezas, observaremos aquello mismo que ven los menesterosos desde el polvo y el fango en que se arrastran. De esta manera advertiremos si el efecto que hacen las cosas de arriba abajo, es el mismo que de abajo arriba, y notando la exageración en que unos y otros puedan incurrir por defecto de su ilusión óptica, estaremos seguros de ver los objetos como son en sí.

Antes, sin embargo, de entrar en estas comparaciones, bueno será dar una idea general de la vida del pobre y de la vida del rico; lo cual viene a ser como la descripción del lugar de la escena o del punto en que colocamos los dos diversos panoramas.

Hemos elegido a Madrid para ejercitar en él nuestro escalpelo, porque Madrid es acaso el pueblo de España que más lleno está de pobres y de ricos, de afortunados y de infelices, y como todo el mundo habla de la feria según le va en ella, unos y otros hablarán de Madrid según el estado en que se ven.

¿Qué idea tendrán de él los que habitan sus buhardillas? ¿Será la misma que tengan los que viven en los pisos principales, o los que están sepultados en los sótanos? Para saber esto comparemos las costumbres de unos y otros, y hagámoslos hablar a todos en su propio idioma.

Madrid está dividido en tres sociedades que moran en tres muy distintas regiones; en la del aire, en la del fuego y en la del agua: estas tres sociedades tienen su método de vida propio de cada una, los eslabones que las unen son muy débiles, y casi siempre en guerra unas con otras. Todas gozan de las propiedades de los elementos en que viven sumergidas, como más adelante diremos.

La primera de estas sociedades pueblan las buhardillas y es la de que primero vamos a ocuparnos. Esta sociedad vive en la región del aire por aquella ley de física que hace nadar el aceite sobre el agua.

A los desvanes en su origen no se les daba otro destino que el de amontonar en ellos y arrinconar los muebles viejos y deteriorados para después hacer de ellos carbón, o darles otra nueva forma para que de alguna manera volviesen a ser útiles.

Bien pudiera decirse en vista de la repugnancia y mala voluntad, y de las causas que fuerzan a muchos infelices a morar en las buhardillas, que ellos son una especie de muebles inútiles, o de trastos viejos que la sociedad amontona en ellas.

Pero nos vamos metiendo poco a poco en honduras que no son de esta introducción: para concluir diremos únicamente que habitando los pobres en Madrid en los pisos más altos, el Madrid material de arriba no es el Madrid moral a quien aplicaremos el mismo adverbio, por seguir la metáfora común que coloca a los grandes y opulentos en el último tramo de la escala social.

PAÍS DE EFECTO DE LUNA

Era el invierno de 1836. Yo residía en una ciudad de España, cuyo nombre no tengo inconveniente en declarar, si mis lectores se toman la molestia de preguntarlo. Un día... martes por cierto; pues a la fatalidad de su nombre, se agregó la de haber recibido por el correo de Madrid media docena de dramas del género fulminante, unos traducidos del francés y otros servilmente copiados con ínfulas de originales: a cosa de las cuatro de la tarde me senté a leerlos con ansia devoradora, si lectura puede llamarse el engullir páginas, escenas y jornadas sin la debida masticación intelectual. Tan embelesado estaba con las maldiciones, parricidios e incestos dramáticos, que ni aun vi la mano bienhechora que puso al anochecer un quinqué encendido sobre mi bufete, de manera que tuvo algo de misterioso y quedé un poco sorprendido de reparar en aquella luz milagrosa en el momento de dejar un drama concluido, y coger otro nuevo; única tregua concedida a la lectura. Mi rostro estaba encendido como una hoguera; ardía mi cabeza como una ascua de hierro, las letras pasaban confusamente delante de mis ojos como una procesión de fantasmas, o disciplinantes encapuzados... A despecho de mi cansada y turbia vista, quise apurar las heces del último drama: faltaba el crimen postrero, el indispensable suicidio del protagonista; ¿cómo dejarlo con vida después que había envenenado hasta el apuntador? ¡Imposible! Ya saboreaba con placer las imprecaciones finales, cuando ¡qué horror!, ¡el velón relumbró con una luz más viva... en que agotó sus fuerzas y murió dejando impune el asesino!

Mi habitación quedó sumergida en tinieblas, y es lástima que mis lectores no la hayan observado a su debido tiempo. Era la habitación de un poeta: bajo una capa de polvo bastante gruesa, un curioso anticuario que quisiese hacer excavaciones hubiera descubierto muebles, libros y manuscritos ininteligibles: oíase tan solo en el silencio sepulcral de la noche el sordo ruido del diente roedor del ratón, cebado en fragmentos románticos, que maldito el miedo que tenía aquellos días en que mi gato andaba de galanteo: el débil reflejo de la luna que daba de lleno en la pared de enfrente, penetraba por los escarchados vidrios de mi ventana. ¡La luna! ¿Qué romántico no consagra algunas horas de silenciosa conversación a la cándida virgen de la noche? ¿Quién siente el frío penetrante de enero si la diosa de los amantes desgraciados no le escasea sus penetrantes y lánguidas miradas? De pechos sobre la ventana encontraba yo en ellas un consuelo, y mucho mayor en la frescura que templaba el ardor de mi frente. Descollaba delante de mí un negro y gigantesco edificio, coronado de magníficas torres y góticas agujas que débilmente iluminadas por la luna, velada de transparentes nubecillas producían sombras fantásticas y caprichosas: la profunda oscuridad de la angosta calle le hacía parecer como fundado en un abismo: revolaban en torno las lechuzas dando al aire su desapacible y fatídico graznido... jamás, jamás la catedral se había presentado ante mis ojos con atavíos tan lúgubres, con más sublime melancolía.

¡Qué recuerdos me excitó! Yo contemplaba aquel misterioso cuadro con profunda conmoción. ¡Flotaban en mi memoria los héroes de los dramas; con ellos sus puñales, con ellos sus adúlteros amores, con ellos sus laudes tristemente olvidados sobre las rocas! Engolfado en tan dulces ilusiones no había reparado en la luna, que sin dársele un ardite por todas ellas, besaba ya los bordes de su tumba. Las sombras de las torres proyectaban en el tejado de la iglesia más prolongadas: el reloj dio en aquel momento dos fuertes campanadas, que estremecieron el aire con retumbantes vibraciones: todo quedó después de un momento enmudecido, de manera que hasta el tiempo parecía dormir. Ignoraba que no hay narcóticos para las pasiones frenéticas que, enseñoreándose del corazón del hombre, traban con la razón un combate a todo trance y sin descanso. Un acontecimiento que presencié aquella misma noche hizo que no lo olvidase jamás.

Aparecieron dos bultos negros en el tejado de la catedral, que lenta y misteriosamente se encaminaban a la sombra de una cúpula: no pude reprimir un movimiento de curiosidad y de alegría; porque todo un romántico iba a presenciar una aventura novelesca, porque aquéllas no eran las ilusiones de mis dramas... Yo sentía el ruido que hacían las tejas bajo los pies de los bultos, yo los veía moverse, y si tal vez echaba de menos el lente para distinguirlos con exactitud, ¿cómo perderlos de vista ni un momento para buscarlo, cuando ni aun me atrevía a respirar?

Las dos personas entre tanto se acercaban, y confundidas con sus sombras, caprichosas por las curvas de los canales, tomaban formas extravagantes que me infundían cierto respeto: el sitio, la hora, una dosis suficiente de miedo que debo ingenuamente confesar les daban un barniz sobrenatural y misterioso. Yo me estremecí al sentir algo más lejos un grito horrible, furioso como el eco de la venganza lanzado por otro tercer bulto. No era meramente humano aquel berrido espantoso: tenía algo del rugido de un tigre que vaga furibundo por el desierto, buscando sus perdidos cachorros; parecía el de un gato en el frenesí de sus amores. Los bultos primeros se cobijaron bajo un machón de la torre, y

centellaron sus ojos en la oscuridad, como una luz fosfórica, como un fuego fatuo en las tumbas de un pueblo; y aquellos ojos ardientes me hicieron recordar una historia, y no me dejaron duda con respecto a los personajes del drama atroz que debía representarse en los tejados de la catedral.

En dicha iglesia, nació un niño a quien pusieron por nombre Esquilón, por ser hijo de un campanero que murió satisfecho de ver a su hijo en posesión de su destino. Su morada era la torre. Yo le comparaba cien veces a CUASI-MODO desde que leí a *Notre Dame de París*. Jamás salía del campanario, y cuando más se alejaba era por las vecinas galerías y balaustrados de la anchurosa catedral. Su condición era adusta, ceñuda y desabrida, sin que dejase de abrigar algún afecto blando y cariñoso: una gatita linda y relamida era el ente privilegiado que acertaba a desanublar su faz sombría, y el único que participaba de los gorriones que cogía el diestro campanero, enemigo el más temible que conocieron los chillones pajaritos. Un día solemne después del toque de vísperas, Esquilón, de pechos sobre el balaustre mas bajo de la torre, que caía perpendicular sobre la puerta principal del templo, contemplaba atentamente los mendigos que en el pórtico pedían limosna. Jamás los melancólicos e indiferentes ojos del campanero se habían fijado tanto tiempo sobre un objeto. Desaparece súbitamente de allí, y a poco rato le vieron las gentes asombradas traspasar el dintel de la puerta de la catedral, y arrebatarse entre sus brazos a una joven mendiga. Subióla a su habitación, hízola sentar: ella estaba trémula, asustada, y Esquilón contemplándola con ojos abrasadores.

¿Estás pura?, le dijo por fin con voz agitada y balbucientes labios, procurando suavizar su tono naturalmente brusco y desdeñoso. Si Esquilón hubiese conocido al mundo más cerca que de las torres de la ciudad, excusaría en todo tiempo una pregunta indiscreta, y que habría embarazado a la misma verdad disfrazada de joven, bella y mendiga. Lo cierto es, que las respuestas de Rosa, que así se llamaba la doncella, de tal manera trastornaron el juicio del apasionado Esquilón, que cogiendo segunda vez a la hermosa en sus robustos brazos, sube como un relámpago a la torre, y... jamás, jamás los vecinos de aquel pueblo oyeron un repique de campanas más estrepitoso, más prolongado y sobre todo más inoportuno. A poco tiempo fueron esposos Esquilón y Rosa.

A pesar del corto conocimiento del mundo que antes inculpamos al campanero, no dejaba éste de sospechar que su esposa era demasiado linda para que en su primitiva vida abandonada, hubiese dejado de tener algún apasionado. En efecto, prescindiendo de los elegantes que cuando iban a oír la magnífica orquesta de la capilla, tan caritativa, desinteresada y abundantemente la socorrían; un flamencote sano y colorado de su misma profesión, penaba por la doncella en la época de la terrible interpelación del campanero. Llamábanle el Cojo, por tener una pierna que daba compasión cuando la exponía al público; pero que más bien hecha y torneada no se presenta en la academia de San Fernando, si la quitaba los ciertos trapos cuando la noche tendía su manto encubridor. Esquilón amaba a su esposa con delirio, y no dejaba de ser celoso, y poco instruido además en las arterías de los hombres, quedaba satisfecho con ponerse detrás de su mujer cuando oía misa desde las afiligranadas galerías del templo, y observar el movimiento de sus ojos. Estos se fijaron un día en un sacristán que tocaba la campanilla en los oficios divinos, y la astuta Rosa procuró reprimir un estremecimiento de gozo al conocer bajo el roquete y la ropilla, al nunca olvidado Cojo, su antiguo amante.

Referir los medios de que se valió el mendigo para tan singular metamorfosis; los que inventó para quedarse escondido tras del frontal del altar mayor; la destreza con que a la noche trepaba lleno de telarañas por las entalladuras y cornisas de las capillas y naves, llegando por término de su viaje al tejado más oculto donde Rosa le esperaba, y las astucias y enredos de ésta para que su esposo la tolerase aquellos paseos nocturnos, las razones porque la estatura del campanero creció prodigiosamente de la frente arriba, y los empeños del Dios de las confianzas para que el sobredicho aumento fuese invisible... todo esto fuera para mí la cosa más grata; pero es necesario tener compasión de tres bultos que hemos dejado tomando el fresco; y a la verdad no era nada apetecible.

Por lo que acabo de referir, pude conjeturar que había sorprendido a los amantes en una cita, y que no sólo yo los había cogido infraganti, sino también el desdichado campanero. Los bultos de la sombra, o sea el sacristán y Rosa, no osaban pestañear para no ser sentidos; pero era tarde: acercábase a ellos lentamente Esquilón con sus rugidos de tigre, con sus ojos terribles de gato montés. En éstos leía yo la sentencia de una venganza feroz, y en su paso mesurado la irrevocable resolución de ejecutarla. Cerca estaba de los criminales, cuando éstos, seguros ya de haber sido descubiertos, por instinto de propia conservación, se levantaron unánimes para huir; y el campanero con otro grito furioso se precipitó sobre ellos, y cada una de sus manos de hierro, apretaba con desesperación a cada uno de los amantes desdichados. No escuché ni una palabra. Helóseme la sangre en las venas viéndolos casi al borde de la cornisa, suspendidos sobre un abismo: Esquilón quería sin duda precipitarlos, porque se oyó una confusa gritería como de lloros y amenazas, y comenzó una lucha terrible, desesperada, tocando a veces los combatientes en la última teja que volaba más de una vara hacía el abismo. En vano yo desde mi ventana les llamaba por sus nombres, les amenazaba... el miserable sacristán atravesó el aire con fragor, y un estruendo horroroso resonó en el fondo de la lóbrega calle... Enmudecí.

Yo imaginé que la venganza del bárbaro campanero estaba satisfecha: yo imaginé que los lloros de su esposa pudieran conmovier un corazón que la idolatraba; pero eran extremadas y volcánicas sus pasiones, y aborrecía a la infeliz tanto como la había amado. Yo miraba con horror que todavía duraba la guerra sacrílega entre los esposos; sólo en la muerte del uno se cifraba la vida del otro, y peleaban con desesperación y encarnizamiento: pero el combate no podía ser muy largo; ¡las fuerzas eran desiguales! Rosa, agarrada con las dos manos al extremo de la comisa, colgada perpendicularmente sobre el cuerpo que yacía en el hondo, del infeliz sacristán, esforzándose por subir al tejado, parecía una de las matas que pendían del altísimo edificio, y que el viento bamboleaba. Esquilón, inmóvil, y un poco distante, contemplaba sereno sus agonías y escuchaba con frialdad los penetrantes chillidos de su esposa: mas temiendo que aquéllos se prolongasen demasiado, fue sin duda a pisar las manos, único apoyo de su miserable mujer, la cual haciendo un esfuerzo, agarróse a una de las piernas del campanero; sacudióse después con violencia, y los dos esposos y una teja cayeron al fondo del abismo. ¡Ninguno salió vencedor!

Todos los de mi casa se habían alarmado con mis gritos: subieron a mi habitación y me encontraron anegado en un sudor de muerte: pálido y erizado el cabello. Pude con palabras cortadas indicarles algo de la horrorosa catástrofe que había presenciado, y

bajamos con luces para ver si alguna de las infelices víctimas conservaba el aliento. Un criado fue a toda prisa a llamar al alcalde, al cirujano y al cura; y los demás temblando y despavoridos nos acercamos a tres bultos, que divisamos en la calle, bajo la teja que faltaba en la catedral y... ¡o sorpresa!, eran tres enormes gatos los que yacían destriparrados: el gigantesco de mi casa que hizo el papel de campanero; uno negro sin rabo y sin orejas, de la vecina, que desempeñó perfectamente el de sacristán, y la malhadada gatita de Esquilón a quien iban a cortejar.

En mucho tiempo no salí de mi casa temiendo la rechifla de los muchachos, entre los cuales fueron públicos mis gritos, la venida del cura, del alcalde y cirujano a presenciar los cadáveres de tres gatos.

Mas no pasé ocioso los días de enero: expurgué mi librería de tantas novelas, cuentos y dramas románticos que habían exaltado mi imaginación, y a los cuales atribuí más que a la incierta claridad de la luna, más que a mi pereza en buscar el lente, toda la parte que tuvieron en tan ridículo suceso.

UN HOMBRE PÚBLICO

Una cualidad positiva, supone naturalmente la existencia de una cualidad negativa: una calificación cualquiera, la posibilidad de una calificación contraria; un hombre de bien, los hombres malos; un hombre público, los hombres secretos, y como éstos no los encuentre yo clasificados ni en Buffon, ni en Cuvier, ni en Virey, ni en Humbolt, sino en las nóminas de la jefatura política, naturalmente deduzco que es preciso negar la existencia de los hombres públicos, o calificar de tales a cuantos no pertenezcan a la policía secreta.

¿Qué quiere decir hombre público?

De haberse llevado a cabo la extravagancia de aquel filósofo de la antigüedad que aconsejaba a sus discípulos que habitasen en casas de cristal, para que todos sus actos pudieran ser observados de sus vecinos, claro es que los verdaderos hombres públicos serían aquellos que se resignasen a vivir en diáfanas moradas, como Anfitrite, las ninfas y las ondinas. Pero llamar públicos a hombres cuya vida es un secreto, un enigma, un misterio inexplicable, por más que el vulgo tenga clavados en ellos los ojos, que no penetran más allá de la corteza, parécenos una extravagancia del moderno lenguaje o jerigonza.

¿Qué es un hombre público?

Hace muchos días tenía yo mis dudas acerca de la verdadera acepción de esta palabra: hoy, sin embargo, me encuentro con algunos datos para resolver cuestión de tanta importancia; y no es esto sólo, sino que me encuentro con ganas de comunicárselos a mis lectores.

La casualidad es la grande inventora de los más célebres descubrimientos científicos; la casualidad ha hecho más héroes que el valor, más grandes hombres que el talento. Si en

el mundo físico somos deudores a la casualidad de la apreciación de la fuerza del vapor, de la atracción y de otras cosas buenas; en el mundo moral le debemos el verdadero conocimiento de un hombre público.

La casualidad, sin duda, ha hecho que yo fuese hijo de alguien, y que mis padres tuviesen un primo el cual casado sin dispensa con una que no era parienta suya, tuvo un hijo muy amigo a la cuenta de don Ambrosio Roblegordo, hombre más fuerte que un roble y más gordo que un buey. Vivía el señor don Ambrosio en el lugar de no sé cuantos, y dio la casualidad de que se le antojase venir a la corte, no sé si por ver las ferias o por ver las fieras: ello es que la casualidad hizo que viniese, y la fatalidad que se acordase en el camino de cómo en Madrid tenía un hijo del padre del primo, casado sin dispensa, cuyo hijo debía ser amigo suyo.

Hizo la casualidad que supiese las señas de mi casa, lo cual no era muy difícil; y que la encontrase, que ya es un poco arduo y peliagudo para un lugareño recién llegado.

Plantóse el don Ambrosio en mi excéntrica habitación. No me conoció; yo tampoco a él; espetóme de memoria una porción de fes de bautismo, fraguó sobre el papel un árbol genealógico, con la misma seguridad y presteza que Napoleón un plan de batalla sobre un mapa, y no tuve más remedio que dejarme convencer de la obligación en que estaba por nuestras íntimas y antiguas relaciones, de hospedarle en mi casa y de acompañarle a todas partes.

Quiso la casualidad que una noche entrásemos a beber al Café Suizo, y que aun antes de coger asiento reparase en un caballero alto, elegante, aunque bastante grueso.

-Oyes chico: ¿quién es éste?, me preguntó Ambrosio que tenía la gracia de tutearme: No; pues dime ahora que me equivoco: ese hombre tiene traza de ser de mucha suposición. Chico, mira, míralo ¡qué gordo!, ¡qué satisfecho de sí mismo!, ¡qué aire de importancia!, ¡cómo lo saludan todos!, ¡cómo ahueca la voz!, ¡cómo se despide sin bajar la cabeza, con una sonrisa, con una mano así al desaire...! Pero ¡calla! ¡Pasa por aquí!, yo conozco esa cara: no hay duda; ¡es el mismo!, voy a saludarle.

Ambrosio se marchó al encuentro de su conocido.

Tenía mi amigo la gracia de olvidarse de mí, y dejarme plantado donde quiera, como no me necesitase. Se encaró con el personaje, le miró desde arriba, abajo, le dio una palmada en el hombro. Luego una bofetada que hubiera sido casi imperceptible con manos menos ásperas y callosas, y como nada de esto bastóse para volver al caballero de su estupefacción, mi Ambrosio le hacía mamolas, y le decía en alta voz:

-¿Juanillo? ¡Eh!, chico: ¿Juanillo? ¡Caramba cómo has engordado!, ¡qué estirón y qué... ¿no me conoces? ¿Pues no te acuerdas del tío Ambrosio, que siempre ha sido tu parroquiano? No arrugues las cejas, hombre, que justamente todavía llevo puestos los últimos pantalones que tienen cuchillos de tu mano.

-¿Qué es eso? ¿Quién es V.?

-Ambrosio.

-¿Ambrosio de qué?

-¡El tío Ambrosio!, ¡el alcalde de tu pueblo!, ¡el que te daba...

-¡Ah! sí, ya caigo, qué cosas tienes Ambrosio... No hablemos de eso. Yo mudé de carrera...

-Hola, ¿con que tú por tú?, ¿a la pata llana? Sea; pero vamos, ¿qué oficio tienes?

-Vente, ven por aquí adentro: tomaremos un ponche, un helado.

-Lo que tú quieras, dos o tres... lo que tú quieras: veo que con todo tu boato, y tus medros, y tu... vamos tienes buen corazón. ¿Te acuerdas de las muchas veces que te guardábamos las sobras del puchero?... ¡Caramba qué esmirriado estabas, y qué hambre tenías! ¡Voto al chapiro verde! ¿Cómo has hecho para echar esos mofletes? ¡Si pareces un caballero!

Ambrosio siguió al buen Juanillo, y me dejó con un palmo de narices. ¡Ingrato! No sabía él cuán cara me era su compañía.

Yo no sé si por afición a mi amigo, o por curiosidad de conocer el suyo, me tentó el diablillo de seguirlos y de sentarme cerca de ellos, detrás de un poste, donde les oía perfectamente la conversación.

Por Dios, señor don Ambrosio, decía el caballero en tono más humanizado, ¿quiere Vd. tener la bondad de bajar la voz? Vd. extrañará... ya se ve mi posición social, mi dignidad, mi...

-Vamos, ya entiendo; te has examinado de maestro, ¿no es verdad? ¡Acabáramos de una vez con mil demonios! Hombre... no lo digo por ti, pero ¡cómo robáis por aquí los sastres!

¡Señor don Ambrosio!

-¡Qué diantre; no te enfades! No hay regla sin excepción: y eso que tú, para tener ese lujo, y esa prosopopeya, y... Yo no sé cómo hacéis esos milagros. Pero ya se ve. Figúrate tú que han tenido valor, para pedirme por una anguarina, o gabán, o como le llaméis... ¿Cuánto te parece? Pero digo, ¡si tú lo sabrás! ¡Treinta y cinco duros! ¡Hombre, treinta y cinco duros! ¡Qué escándalo! Si con poco más tenía para una yunta de bueyes. Eso sí, la anguarina estaba hecha: no tenía que darle una puntada, y toda forrada de seda, lo mismo que las casullas que sacan allá por el Corpus. Chico, me parecía más maja por dentro que por fuera. ¡Pero treinta y cinco duros! ¡Qué barbaridad! Si con media docena de gabanes, ¡pongo el dote de una de mis hijas!

-Señor D. Ambrosio, ya le dije a V. que había cambiado de carrera.

-Pero hombre, exclamó el lugareño, como quien ve visiones, ¿qué significa eso de carrera? ¿Te has hecho médico, abogado, teólogo? Yo no sé que haya otra cosa que se llame carrera sino es la de los caballos.

-Soy hombre público, Sr. D. Ambrosio.

-¡Hombre público!, chico no entiendo esa jerga. Si fuera mujer...

-Hombre público quiere decir hombre de estado...

-¡Acabaras de una vez! ¡Vete con mil diantres que ya te entiendo a la postre! ¿Con qué te has casado?

-¡Oh! ¡Dios me libre!

-Pues tú de cura maldita la traza que tienes...

-Pero ¿no nos entenderemos alguna vez? Hombre de estado, no quiere decir que yo lo haya tomado: hombre público es lo que V. no entiende... ni yo tampoco, a decir verdad; pero... en una palabra: soy un funcionario...

-No digas más, hombre, no digas más. ¿Con que te has metido a dar funciones?... Ya me parecía que tenías traza de comediante... No, pues para eso no te faltaba desparpajo, y mucha labia, y...

-Señor D. Ambrosio, veo que mi país no ha dado un solo paso por la senda de la civilización: al cabo de cuatro años viene V. tan... tan selvático y cerril, como cuando le dejé. Soy funcionario público, es decir, alto empleado: tengo dos o tres cruces, he publicado un par de folletos políticos, soy diputado...

Estaba a la sazón el buen Ambrosio, zampándose un vaso grande de leche merengada con sus correspondientes bollos, barquillos y bizcochos; y fue cosa de ver el estufido, y el brinco que pegó al escuchar a Juanillo, echando a rodar por la mesa el vaso que tenía cogido con ambas manos.

-¡Diputado tú!

-Sí, señor.

-Pero ¿diputado de qué?... ¿De esos que hablan tan bien, que cantan la cartilla a los ministros, y de esos que se ponen como ropa de pascua?, ¿diputado como el señor conde, que ha salido por nuestro pueblo, y por señas que me ha perdonado el arrendamiento del año pasado?

-Sí, señor, tan diputado como el conde.

-¡Pero hombre!, exclamó con sencillez el buen Ambrosio, ¿y quién te ha dado dinero para ser diputado?

-No he gastado un cuarto.

-¡Esa es otra!

-En la provincia por donde he salido nadie me conocía...

-Ya lo supongo: conociéndote a ti, ¡quién diablos!...

Pero ¿cómo se hacen estas cosas?, los sesos se me vuelven agua de tanto discurrir, dijo el lugareño acabando de recoger en el vaso la leche vertida, y saboreándola después sin aprensión alguna.

Escuche usted, señor don Ambrosio, respondió el caballero; por poco que usted discurra debe conocer que su presencia me incomoda...

-¡Hombre! Te vienes con unas indirectas...

-Soy franco.

-No lo jures.

-Me incomoda usted, lo repito; porque me hace recordar cosas, que algunas veces me figuro que todo el mundo las ha olvidado como yo. Pero en medio de la mortificación de mi amor propio, soy agradecido y leal; y aunque exijo de usted que en público me trate con respeto, privadamente seré para usted el Juanillo de nuestro pueblo, que después de comer las sobras del puchero, se subía a las bardas del corral a matarle las gallinas a pedradas, o pescarle pavos con anzuelo.

¿Con qué eras tú, pícaro, quien diezmaba mi gallinero?

-Sí, señor, pero hoy quiero restituirle cuanto le debo: quiero que venga usted a mi casa, y antes de que vea usted al hombre público que ha llegado al apogeo de la fortuna, le contaré a usted los medios de que se ha valido para ascender a tan elevado puesto.

Aquí noté yo cierto movimiento de sillas, un ruido seco de restregamiento de manos callosas, una tosecilla, un estruendo como de dejar caer dos codos semejantes, dos pesadas mazas sobre la mesa, síntomas todos de atención y curiosidad.

-Vamos a ver, dijo por fin Ambrosio con cierta inquietud y complacencia.

El caballero después de un rato de silencio, en voz baja, pero perceptible, con aire complacido y tono familiar, comenzó su relación en los términos siguientes:

-Ha de saber usted, señor don Ambrosio, que en alas de mi próspera fortuna llegué a Madrid, como los aventureros del siglo XVI arribaban a las Indias; con ciertos instintos ambiciosos, con un no sé qué de inquietud y desasosiego que me hervía en el corazón y en la cabeza, haciéndome sospechar, sin atreverme a pensarlo detenidamente, que yo llegaría a ser grande hombre. Ya yo me tenía casi por un héroe; pero sepa usted, amigo mío, que los héroes tienen apetito, por más que las historias y las novelas autoricen a usted con su silencio a pensar lo contrario. Los héroes comen: verdad terrible, necesidad cruel que ha engendrado y ha sepultado a la vez proezas inauditas. En la precisión de comer hay que gastar, y para gastar, tener dinero, y si no se tiene, ganarlo, robarlo o pedirlo prestado, especie de hurto en hombres irresponsables. Acomodéme, pues, a lo primero en la imposibilidad absoluta de contar con lo último. Me presenté a Utrilla. No me turbé ante la majestad de los sastres: le hizo impresión la soltura de mis modales y de mis dedos; el aplomo de mi continente y de mi plancha, la finura de mi conversación y de

mis puntadas, y sobre todo quedó prendado de mis *prendas*, es decir de las que le presenté de muestra. Utrilla se sonrió y el grande hombre quedó hecho oficial de sastre.

Estaba yo cosiendo en el obrador, y trazando en los respuntes del cuello de un capa los planos de mi felicidad, cuando a la puerta de la tienda se paró un coche simón, no sé si por imposibilidad de seguir adelante, o por necesidad de algún respiro; ello es que la desvencijada máquina vomitó un hombre... No pintaré a usted su fisonomía: su ojo de un sastre examina primero el corte que el porte: la expresión está para ellos en el vestido, no el rostro. Gall y Delille con solo palpar un cogote le dicen a usted: aquí hay un hombre que es un pícaro, un bribón de cuatro suelas, y es preciso confesar que cuando auguran mal los frenólogos, pocas veces se equivocan: Lavater tiene que echar su plomada y arrimar el cartabón para medir el ángulo social: un sastre con solo dirigir una rápida ojeada a la ropa del sujeto dice al punto: aquí hay un hombre de pro, y las mas veces: aquí hay un pobre diablo como en la ocasión presente. Por el traje quedó pues calificado de hortera el entrante. Sin embargo ¡oh habilidad de la ciencia frenólogo-sastreril!... El hortera era un ministro; pero entendámonos: ministro constitucional.

Llegó el hombre muy apurado preguntando con cierta mezcla de orgullo y de humillación:

-¿El señor Utrilla?

Yo tengo para mí que el arte de ser hombre eminente, consiste en el talento de rodearse de personas que lo sean, o que le hagan aparecer a uno como tal explotándolas sin compasión. Napoleón sin los generales del Imperio hubiera sido un mequetrefe; César, Borja sin Maquiavelo, un botarate, y yo sin mi hortera presunto, un pobre sastre. Le vi, lo calé, me levanté de mi banquillo, y con aire complaciente le dije:

-¿Pregunta usted por el maestro?

Mi introducción con el desconocido era una tontería; pero el hombre parecía incapaz de cogerlas al vuelo.

_Sí señor; quiero verle.

-Sírvase usted pasar adelante.

-¿Usted es el señor Utrilla?, dijo al entrar en el despacho el desconocido.

No tenía necesidad de esta pregunta para dar a entender que por vez primera hollaba el alcázar de la moda.

-Servidor de usted.

-Hombre, me encuentro en un apuro.

-¿De dinero?

-¡No, ca! dinero me sobra... es decir, me sobraré desde hoy en adelante.

-¿De ropa?

-Justamente, necesito un frac.

-A ver, Juan, me dijo el maestro desenrollando la cinta de medir. Apunta: señor don... ¿Cómo se llama usted?

-Don Diego del Cerro Becerril, contestó el necesitado, como si hubiese pronunciado el *soy Yo* del Salvador del mundo, o el *qu'il mourut* de Corneille; y luego añadió: ahora ya comprenderá usted lo crítico de mi situación.

-Bien hombre, bien, repuso el maestro, si no puede usted pagarlo ahora, yo no apuro con la cuenta a mis parroquianos.

-¿Pero no comprende usted?...

-¿Que no tiene usted un cuarto?

-Señor de Utrilla, exclamó don Diego con cierta entonación dramática. ¿Nada ha oído usted acerca de crisis ministerial?

-Sí, hombre, dicen que han hecho ministro a un pobre diablo.

-Ése soy yo.

-Señor, perdone V.E.

-Sé que la opinión pública no me favorece: tanto mejor: es una garantía para mi estabilidad.

-Conque V.E. quiere un uniforme...

-No señor, un frac, y ha de ser para esta misma noche.

-¡Para esta noche!... ¡Imposible!

-¡Cómo imposible! ¿Sabe usted que esta noche tengo que jurar delante de S.M.? ¿Sabe usted que sin traje de etiqueta no puedo presentarme delante de S.M.? ¿Sabe usted que delante de S.M....

-Sé que no puedo hacer esa prenda para esta noche.

-¡Hombre, usted está pagado por la oposición!, exclamó el ministro aterrado. ¡No poder hacer un frac en doce horas, cuando a mí me han hecho ministro en dos minutos!...

-¡Ya! Se figura usted que es lo mismo hacer un ministro que un frac.

-Pero señor, tornó a exclamar el recién llegado, casi muerto de pesadumbre: ¿Y la patria? ¿Y la salvación del país? ¿Usted no sabe que de sus tijeras está pendiente la felicidad de la nación? ¿Usted no sabe que si esta noche no juro me soplan la cartera los enemigos de... de las instituciones y del reposo? ¡Figúrese usted si los enemigos del reposo descansarán toda la noche, cuando sepan que no he jurado! Por esas cuatro puntadas que

usted se niega dar, la patria se hunde, el país se pierde, la crisis se prolonga, y tal vez un cataclismo social nos amenaza, tal vez yo deje de subir al poder.

-¿Qué quiere usted que yo le haga, si usted estaba desprevenido para gobernar?

¡Cómo desprevenido! Señor, tengo en mi cartera cien proyectos de ley, doscientos reglamentos, cuatrocientas circulares...

-Sí, pero no tenía usted frac donde meter la cartera: y no hay remedio, los partidos, los hombres públicos, los candidatos para ministros, deben contar que con las tijeras de la oposición les han de cortar un sayo, y las tijeras del sastre les han de cortar un frac.

-¿Desprevenido dice usted?, puesto esto me hace recordar que yo debí encargarlo hace unos días... Sí, pero, no... ¡Jesús, qué cabeza la mía! Yo creo que tuve intención de hacerlo.... pero ya se ve, con estas cosas, lo mismo me acordaba yo del frac, que de la primera camisa que me pusieron.

-¡Pues!, contestó el sastre, descuidan ustedes los más indispensables negocios, y se paran en bagatelas, en fruslerías...

-Pero, señor maestro, ¿en qué artículo de fondo ha leído usted nunca, que para gobernar bien, se necesite ese traje ridículo...?

-En los artículos de fondo de mi casa. Ahí tiene usted esos estantes llenos de piezas de paño que en alta voz están pregonando la necesidad de que todo el mundo se vista, incluso los aspirantes a ministros.

-Vamos, ya veo que usted se ablanda, y que...

-Nada: es imposible.

-Pero, ¿no ha de tener usted más patriotismo?

-¡Oh! Patriotismo, y sobre todo deseos de ganar me sobran: lo que me falta son manos y tiempo para cortar y coser.

Don Diego se fue desesperado.

Mientras departía inútilmente con el maestro, estuve yo escudriñando todas las entradas, y salidas, y protuberancias, y sinuosidades de su talle: tomé perfectamente mis medidas, me sonreí maliciosamente, concebí un proyecto atrevido, y antes de que subiese al carruaje volé a su lado, y llamándole aparte le dije:

-¿Señor don Diego?

-¿Qué hay?, me respondió con un bufido.

-Soy una víctima de los ministros dimisionarios.

-Eso a la secretaría... un memorial... y... veremos.

Veremos, es la palabra sacramental de los ministros: don Diego sabía pronunciarla: no le faltaba todo para consejero de la corona.

-Nada vengo a pedir, señor don Diego, le contesté: por el contrario; vengo a sacar a V.E., de un apuro.

-¡El frac! ¿Me hace usted el frac?

-Sí señor, aunque mi profesión no es ésa, aunque mi genio esté oscurecido en un obrador, yo le haré un frac a V.E. Me consta que los enemigos de la pública tranquilidad saben que V.E. carece de las *prendas* necesarias para ser ministro... y han ganado a todos los sastres de la capital: pero yo, que soy una víctima suya... yo, que perseguido por los ministros salientes por mi adhesión hacia V.E. y sus dignos compañeros (no los conocía) he tenido, con rubor lo digo, he tenido, señor excelentísimo, que abdicar de mi dignidad y sumirme en un taller, para ganar mi cotidiano sustento; yo les probaré que hombres de mi temple, de mi patriotismo, de mi arrojo, no tienen precio; que tan buenos son para un fregado como para un cosido; y saben sacrificarse por el bien público, saben hacer un frac en diez horas, o perecer en la demanda.

-¡Chico, me dejas con la boca abierta!, exclamó a la sazón el buen Ambrosio que hasta entonces la había tenido cerrada. ¿De dónde sacabas tú esas palabrotas?, ¿de dónde esos embrollos de víctima y de ministros, si tú no habías conocido otros ministros que los de justicia? Y sobre todo ¿de dónde sacabas el fraque?

-Le diré a usted, tío Ambrosio: para la carrera que llevo se necesita mucha audacia, mucho desparpajo, y poquísima...

-Sí, ya entiendo.

-Poquísima aprensión. Ya sabe usted que mi difunto tío cura, quiso enseñarme a leer y escribir y ciertos puntos de gramática latina: aprendí lo primero, sin saber lo que aprendía, y renegué de lo segundo porque conocí que el aprender cuesta trabajo. Sin embargo, di pruebas de no ser un zote; porque a pesar de mi poca aplicación, al cabo de algún tiempo de estudios intermitentes, ya le daba quince y falta a mi tío en la gramática, lo cual no quiere decir que yo supiese mucha. Murió el infeliz: quedé huérfano; me recogió un pariente sastre, donde, como usted sabe, aprendí el oficio. Pero ¿cree usted que se necesitan grandes estudios para encajar en la conversación o en los escritos esas frases huecas del lenguaje político que suenan mucho y nada significan? ¿No las está usted oyendo todos los días, y a todas horas, y en todas partes? Un papagayo las repitiera a fuerza de oírlas, y yo creo que tengo algo más de entendimiento que un papagayo.

¡Los embrollos! Para embrollar sólo se necesita audacia... y ya ve usted que no me falta; y si se trata de meter embrollos con un pobre hombre, aturdido con la idea de ser ministro, aterrado con la posibilidad de dejar de serlo, y preocupado por un solo pensamiento, es la cosa más fácil del mundo.

¡El frac! Pregunta usted de dónde saqué el frac. El frac estaba hecho, señor don Ambrosio: el frac estaba en el Monte de Piedad, a donde fui a rescatarlo.

¡Cáspita!, cuéntame eso.

-Ya sabe usted que aturcido don Diego con la crisis ministerial, se olvidó de que había encargado esa prenda. Ya sabe usted cuánto me chocaron las curvas de su talle, y sabe usted por fin la perspicacia del ojo de un sastre. Al irle a tomar medida en el despacho del maestro, me dije yo; dos talles como éste no hay en Madrid, y el frac que estaba haciendo un oficial amigo mío, y que trabajaba para otro maestro, no sirve sino para este talle. Consecuencia, luego el frac de mi amigo es para éste. Tanto mi camarada, como yo, que vivíamos juntos, teníamos unas mismas mañas y unas mismas necesidades, y hallándonos sin un cuarto el día anterior habíamos llevado a empeñar aquel traje recién concluido.

-¿Y tenías dinero para desempeñarlo?

-Ni un cuarto; pero cuando llegó el ministro se acordará usted de que estaba yo cosiendo una capa: marché de la tienda con pretexto de acabarla en casa, y fui derecho al Monte de Piedad, dejando allí la capa cautiva, y rescatando el frac. Pasadas algunas horas me dirigí a casa de S.E. que me estaba esperando como al Santo Advenimiento. Cuando vio el frac, y se lo probó, cuando su esposa le hizo notar que no tenía ni una arruga, ni un solo defecto, y que estaba perfectamente cosido, y que entre el ministerio y el traje le había remozado, fue cosa de abrazarme, de llamarme su salvador, de perder el juicio.

-¡Vamos! ¡Qué bien te pagaría el frac!

-Nada quise aceptar. Seguí haciendo mi papel de víctima, de hombre de mérito arrinconado en un obrador por mi honradez, por mi probidad, y sobre todo por la consecuencia de mis principios.

-Te ofrecería su protección.

-Todo lo contrario; yo le ofrecí la mía.

-¡La tuya! ¡Tú protector de un ministro! ¡Vamos, si en este Madrid oye uno cosas!...

Un ministro constitucional, un ministro de un rey que reina y no gobierna, parece un monarca absoluto, y sin embargo es la criatura más débil, flaca y menesterosa de la tierra. ¿Sale un periódico nuevo?: ya está sudando el ministro. ¿Se juntan cuatro amigos a comer?: el ministro no puede tragar un bocado con el miedo de los conspiradores. ¿Corre un perro por la calle, a quien los chicos han puesto un cencerro en la cola; la gente corre y se cruzan los gritos del amo y los silbidos del público?: ¡Dios mío! ¡Que toquen generala! ¡Dónde me escondo! ¡Motín, pronunciamiento!, exclama el ministro exánime. Un ministro puede sin mengua ser protegido por un cabo de rondas de policía secreta, por un charlatán de café, por un capitán de nacionales, por el escribiente de un periódico que tiene maña para enjaretar un párrafo: figúrese usted si un ministro incipiente podía ser mi ahijado. Le doné el frac, le di la mano con aire teatral llamándome su amigo, y le tendí una mirada suprema de protección. Había dado el primer paso en mi carrera. El oficial de sastre se llamaba amigo de su parroquiano, su Mecenaz además de amigo: había perdido treinta, o cuarenta duros, y una portería por ganar toda mi posición, toda mi fortuna. En una época en que tan poco sabemos o queremos saber los hombres unos de otros, en la que todos aparentamos respetar el secreto del prójimo, porque el prójimo tenga

consideraciones con el nuestro; los hombres, señor don Ambrosio, valen en lo que se estiman. En esta comedia o farsa del mundo nuevo, no hay director de escena: cada cual toma el papel que se le antoja: el que se contenta con el de parte de por medio, como llaman a los vigésimos galanes, con su pan se lo coma; aquél está destinado a no tener un cuarto, y a ser silbado toda su vida. Que no se queje: en su mano estuvo escoger otra cosa. El que toma el papel de primer galán, esté seguro de que nadie se lo disputa, y entre silvas y aplausos, ganará el sueldo y los honores de actor de primer orden. La dificultad consiste en tener audacia para fijar desde el primer momento bien alta la puntería. Mientras probaba yo el frac al excelentísimo señor don Diego, sentándole las costuras, me estaba pensando en reemplazarle en el ministerio...

-Hombre, no digas barbaridades.

-Lo que usted oye, tío Ambrosio: era una insolencia lo conozco; pero con insolencias se labra el pedestal de nuestra fortuna. Estas palabras cuando se oyen por primera vez, asombran, escandalizan, dan náuseas: pero si el hombre de cuyos labios han salido, las repite con el mismo descaro, esté seguro de que el efecto no es tan irritante; y si las repite siempre impertérrito, otra vez y otra, la sociedad se familiariza con ellas y llegan a ser moneda corriente. Figurémonos que no llego a ser ministro, pero llego a ser subsecretario, oficial del ministerio, intendente, jefe político, yo que había nacido para portero. Para lograr algo, pedir mucho. Abreviando mi historia, señor don Ambrosio, diré a usted que me hice amigo, comensal y camarada del don Diego, que al cabo de poco tiempo no podía vivir sin mí: que yo resolvía todas sus cuestiones, desembrollaba sus negocios, le conquistaba aplausos en la prensa, en fin, que el buen hombre tuvo que ponerse de rodillas para obligarme a aceptar una plaza de oficial en la secretaría, y dos cruces que me colgó del ojal.

Mi misión cerca de S.E., estaba concluida: comencé a quejarme de su ingratitud...

-Juanillo, ¡mira lo que dices! ¡Ingrato un hombre a quien tanto le debías!

-Sí señor, ingrato. Me adelanté a llamárselo, para desvirtuar esta palabra que dentro de pocos días había de salir de sus labios. Me precio de tener buenas narices, y como estaba en las interioridades del gabinete, conocí que no podía pelear muchos días, algunos antes de que el público lo trasluciese. Hícele la oposición terrible, desencadenada: renuncié el destino: me volví el rostro al sol que comenzaba a levantarse... en fin, cayó don Diego, subió don Juan y luego don Pedro, y entre Pedro, Juan y Diego, me han hecho lo que usted ve, un hombre público, que hoy o mañana será llamado para regir los destinos de esta nación...

-¡Digna de mejor suerte!, exclamó enfáticamente Ambrosio, que por la vez primera había soltado una gracia, que me hizo sonreír, en medio de la hiel que las palabras de Juanillo iban destilando gota a gota sobre mi corazón.

Embocéme en mi capa: arrellenéme en la silla, y dando rienda suelta a mis cavilaciones, quedé tan hondamente sumergido en ellas, que no sentí marcharse a los paisanos.

-¿Qué es esto, pensaba yo...

Pero lo que yo pensaba, debe ocurrírsele a cualquiera; y no hay, para qué molestarnos en consignar aquí los pensamientos de nuestros lectores.

MI VECINA

«Huésped joven, que bramando,
por mal trato que recibe,
diga que está deseando
dejar la casa en que vive
si hay buena vecina en frente,
miente.»

–VILLERGAS

Así canta un poeta amigo mío, y por cierto que apenas vi en estampa esa coplilla, pedí la palabra para una alusión personal. Está visto que en estos miserables tiempos no puede uno, por mil razones, tener amigos: la primera porque no los hay, y la segunda... pero basta con la primera. Como no hay regla sin excepción, he tenido yo la fortuna o la desgracia de tropezar con media docena de ellos, y algunos poetas satíricos, que son la plaga mayor del universo, los pronunciamientos inclusive. Por lucir un chiste sacan a relucir la vida y milagros de quien jamás sospechó que había de dar que hacer a biógrafos ni a poetas; y con sin igual frescura le plantan un par de banderillas que levantan en el aire.

Pues señor, yo soy joven... (-Por muchos años, amigo.) (Dios te oiga, caro lector.) Ya ven Vds. que esto no es cosa mala: soy huésped; esto es siempre malo: pero soy joven huésped que anduve buscando buenas vecinas, lo cual podrá muy bien tener de todo; pero sin embargo nada tiene de particular. El hombre (y por el hombre entiendo yo al varón y a la mujer bonita), el hombre, pues, es animal sociable... En que es un animal han convenido todos los sabios del mundo: desde los siete de Grecia hasta nuestros flamantes folletinistas, en eso de lo *sociable* no hay tanta conformidad; y sabio hubo en el siglo pasado, que nos quiso quitar de encima esa carga de vivir en sociedad; y cuidado que el tal sabio, si no hizo folletines,

«engendró quien los ficiera».

Así que nace el hombre ya busca la sociedad... francamente, él no la busca, por que el pobre si quieto le dejan quieto se está, y era *rorro* perdido si la sociedad no viniese en figura de madre a darle de mamar, y a mecerle en la cuna, y a arrullarle, cantándole:

Duérmete niño mío,
que viene el coco... etc.

Si ha celebrado con la madre algún pacto antes de salir de sus entrañas, no se lo disputo al susodicho sabio; porque tengo muy flaca memoria y no me acuerdo de lo que a mí me pasó por aquellos adentros. Y si el hombre busca la sociedad ¿por qué no ha de preferir la buena a la mala? Y la vecindad ¿no es la sociedad más íntima? Luego es casi un precepto de ley natural el buscar *buenas vecinas*.

En cumplimiento de este deber me eché a bogar por esos mares de Dios, hasta dar de manos a boca con una buena vecina siquiera, porque siempre he tenido para mí que lo bueno es el género más escaso en el comercio del mundo: quince días anduve recorriendo hoteles, fondas y casas de huéspedes, no comiendo jamás donde dormía, y *vice-versa*; y treinta pesetas hube de soltar para el mozo de cordel, que dos veces al día cargaba con mi equipaje. En todas partes me perseguían patronas viejas, grasosas, corpulentas, hombrunas o diabólicas, por mejor decir; vecindad horripilante, contraria, opuesta diametralmente a los preceptos de la ley natural; mas al fin después de haberme reventado de subir y bajar escaleras, y de haberme roto una pierna en un mal paso; reducido mi baúl a la más mínima expresión, porque en cada cuarto me dejaba olvidada una *prenda*, tuve el gusto de sentar mis reales perpetuamente, y asomándome al balcón por las mañanas, después de refregar los soñolientos ojos, veía coronadas rejas y ventanas de cien muchachas a cual más lindas, que a disfrutar de la fresca y en seductor *negligé*, alias en manga de camisa, se levantaban en verano. Niñas eran de diferentes clases y ocupaciones: las había sin otra que la de asomarse al balcón y hacer tal cual guiño a tal cual *flaneur*, o paseante en corte; habíalas que adrede parecían nacidas para dar gusto, y que como las ollas de Camacho el rico, estaban diciendo «comedme, comedme».

Celoso de mi adquisición, a nadie ofrecía mi casa: ni aun a ti mismo, lector amado, que has tenido la paciencia de seguir hasta aquí, ni aun a ti mismo te hubiera dicho una palabra, a riesgo de pasar por ingrato y por grosero. En esa parte tú y el emperador de la China estabais iguales. No, sino que de buenas a primeras, de bóbilis bóbilis, y como quien dice allá voy, como Pedro por su casa, te colases en la mía, y comieses la sopa boba, después que tantos afanes, sudores y fatigas me costó su conquista. Allí me estancué como expediente en oficina del Gobierno; y así pensaba yo en moverme como los empresarios de teatros en sacudir el polvo a dramas originales... *carcomidos por la edad*. No señor, mientras tenga yo buenas vecinas y malas traducciones, los empresarios debemos permanecer *in statu quo*: yo hasta que insensiblemente vaya enterrando a mis muchachas, y ellos hasta que sepulsen el teatro nacional.

Pero entre todas mis vecinas di en la flor de prendarme de una tan solo; moderación sin ejemplo en los anales de mi vida. Hícela señas y guiños: me puse la mano en el corazón, y aunque la temperatura atmosférica era sumamente benigna aquellos días, me acometió un catarro más tenaz que un necio presumido. Apenas me asomaba al balcón principiaba a toser por efecto del susodicho ataque pulmonar, que solía durar hasta que mi hermosa vecina aparecía en su ventana. Varios amigos temieron no se hiciese crónica esta enfermedad, y estaban con su poquillo de cuidado: pero yo sabía que la ambición y las crisis son las únicas enfermedades crónicas de este siglo; me reía en mis adentros de su simplicidad y vivía sin aprensión maldita.

Lo malo fue que la dolencia se hizo contagiosa: tosía yo, y tosía mi vecina y formábamos luego unos dúos celestiales que hubieron de incomodar al resto de mi amable vecindad, cuyo apergaminado tímpano percibía, cual yo, la dulzura de aquellas sublimes armonías.

A propósito de música. Mi vecina era filarmónica: todos los días me regalaba con arias, romances y cavatinas que cantaba, acompañándose al piano, con una voz sonora, metálica, limpia, robusta, angelical, divina. Las ventanas abiertas de su casa brotaban raudales armoniosos que inundaban de júbilo mi corazón. Aquellos trinos de ruiseñor,

aquellos ecos desconocidos acabaron por trastornarme el juicio; porque han de saber Vds. que soy furioso *dilettante* y que me muero por una que cante bien y con tal de que sea buena moza.

A todo esto la tos iba en aumento, y un amigo mío me dio un remedio para ella, que fue escribir a mi adorada cantatriz un billete que él mismo tuvo la bondad de traducirme de una novela francesa. ¡Admirable específico! Por el ventanillo de mi puerta lo recibió mi ninfa, y a la media hora pasé a recoger su producción literaria; la leyó, y desde aquel momento no hubo necesidad de toses ni estornudos, y ella y yo quedamos radialmente curados.

¡O mágico poder de una traducción!, ¡y luego escatime Vd. aplausos a los traductores, y ovaciones, y glorias y triunfos cuando tal poder ejercen sobre los pulmones!

Sucede muchas veces que tomamos una medicina por necesidad y luego continuamos usándola por vicio. El que principia a fumar por un simple dolor de muelas de un par de días, es fumador hecho y derecho toda su vida, aunque el humo del cigarro le eche a perder la dentadura que respetará la fluxión. Esto me sucedió con las cartas, tras de las cuales me chupaba los dedos. Se repitieron con tanta frecuencia cual puede verlo el curioso lector en mi archivo de billetes amorosos, faja número 59 (sigo el orden cronológico), que es el más abultado de los antecedentes y subsiguientes.

Algunos días pasaron de esta volcánica correspondencia. El ventanillo de la severa puerta de mi adorado tormento, continuaba siendo el cauce por donde corría aquel río de felicidad; pero siempre la felicidad venía trazada en malos caracteres. Mi encantadora vecina llegaba con tal sobresalto y prisa, y miedo y silencio, que puesto el dedo índice de su mano izquierda en sus divinos labios, con la diestra entregaba o recibía el papel, me miraba un momento con una dulzura melancólica, acompañada de una extraña sonrisa, desapareciendo al punto como por encanto. Ardía yo en deseos de escuchar aquella su voz dulcísima, que debía hacer vibrar con inefable estremecimiento las fibras de mi corazón. Sus cantos eran cada día más frecuentes, más expresivos: quedaba yo estático al escucharlos, y decía para mí en medio de mi embeleso: «¡oh! cuando tú seas mía tengo de hacerte socia facultativa del Liceo, del Instituto de la Academia filarmónica o cuando menos del Museo!».

Un día la escribí terminantemente que siendo su voz la que más me enamoraba, y no permitiéndoseme por entonces introducirme en su casa, era preciso que, cuando saliese de ella su mamá, entrase yo a su cuarto para escuchar de cerca por vez primera sus acentos, más dulces que los ecos de un arpa, oídos entre sueños en medio de la noche. En vano esperé contestación: en vano quise desde mil balcón darle mis quejas: puertas y ventanas se cerraron para mí, y ¡oh martirio!, dejé de escuchar también sus cantos celestiales. Aturdido me tenía semejante conducta ¿cómo podía yo figurarme que tanto la ofendiese mi propuesta de pasar a su cuarto, cuando en el corto tiempo que nos tratábamos pudo conocer mis intenciones, siempre las más puras y honradas del mundo?

De pechos en mi balcón, mordiéndome estaba el labio de rabia y desesperación, cuando veo a la mamá que salía de casa. No bien cruza el esquinazo, cojo el sombrero, bajo de cuatro saltos las escaleras de mi casa, llamo a la puerta de mi vecina, ábreme un criado,

pregunto por la señorita, sin aguardar la respuesta entro en la sala, encuentro a mi hermosa sentada en un sofá, llorando a lágrima viva, lanza al verme un grito inarticulado y espantoso, queda como una estatua y yo postrado a sus pies, con reverente y conmovida voz la digo:

-Perdona, Matilde, perdona mi osadía: érame ya imposible vivir sin verte. Tu conducta es incomprensible para mí... ¡Ah! Dime que has dejado de amarme... habla... sácame de esta mortal inquietud. Abre tus labios, aunque sea para pronunciar mi sentencia de muerte. ¿En qué pude yo ofenderte, bien mío?... ¡No llores, mi bien, no llores...! Una sola palabra tuya puede hacerme eternamente feliz o desgraciado... Escuche yo una sola vez el eco de tu voz divina, y moriré contento.

Yo no sé lo que pasaba por aquella mujer, la sorpresa, el aturdimiento la tenían como muda; pero la congoja se aumentaba; sus ojos derramaban lágrimas a borbotones: la expresión de su rostro, tenía una mezcla indefinible de placer y desesperación: su silencio era sepulcral, y apenas tuvo ánimo para levantar una mano y tirar del cordón de un campanilla.

-¡Cómo!, la dije yo, ¿duda Vd. de mí? ¿Puede Vd. sospechar de la delicadeza de mis sentimientos? ¿O es que te sientes mala, vida mía? Habla... una palabra tuya es mi mayor felicidad.

-¡Caballero...!, dijo una voz sonora, dulce y majestuosa.

Aquella voz me hizo estremecer súbitamente. Los labios de Matilde habían permanecido cerrados. Vuelvo la cabeza atrás y veo una figurilla de mujer como de tres pies y medio, raquílica, jorobada, de enorme cabeza y horrible catadura.

-Caballero... dijo otra vez: comprendo la situación a que la imprudencia de mi hermana...

-¡Su hermana!

-O llámela Vd. falta de valor para anticiparle un cruel desengaño...

-¡Dios mío! ¿está comprometida?...

-Es muda.

-¡Muda! Gran Dios, añadí con una especie de terror pánico. Y Vd...

-Sí señor: yo soy la que cantaba, me interrumpió con cierta sonrisa entre burlona y amarga, como dando a entender que comprendía mi embarazo. Mucho debía padecer la bella muda, que por lo visto no lo era de nacimiento, al oír aquellas breves, pero terribles palabras de su hermana. Sus ojos estaban clavados en mí, y no perdían una sola de las más leves contracciones de mi semblante.

Yo me hallaba en uno de los mayores conflictos y compromisos de mi vida; por un lado veía aquella magnífica estatua griega, eternamente silenciosa; por otro aquel bicho dotado del metal de voz más suave y plateado que jamás había oído. Estuve vacilando cuatro minutos, al cabo de los cuales hice a la muda una profunda inclinación: con los ojos

arrasados en lágrimas saludé torpemente a su hermana, y al cuarto de hora ya estaba cargado un mozo de cordel con mi baúl por la trigésima prima vez, y yo jurando a Dios y a mi ánima vivir en un desierto.

AVENTURAS DE UN FILARMÓNICO

La ópera debe ser el espectáculo más digno de un pueblo civilizado. Las tres bellas artes, música, pintura y poesía, cada una de las cuales tiene por sí bastante poderío para conmover profundamente nuestro ánimo, reúnen sus esfuerzos en la ópera, y su resultado no puede menos de ser el *non plus ultra* de la belleza y del encanto. Magníficas serán las impresiones que produzca; sublimes como las de los Andes, del Océano tormentoso y de la inmensa catarata del Niágara, y mucho más en un joven que de repente se traslada a un teatro de primer orden, sin haber oído más sinfonías que el fandango punteado a su vecino el barbero, ni más arias que algunas de la *Gazza ladra* a la hija del organista de su pueblo, acomodadas a los gozos de la novena de Nuestro Padre San Francisco.

Yo me hallaba felizmente en este caso. Aunque furioso filarmónico, aún conservaba con el mayor recato la virginidad musical de mis oídos: había preferido dejar de asistir a las funciones líricas que diera una compañía ambulante en la capital de mi provincia con ánimo de disfrutar más de lleno de la grande sorpresa que me esperaba muy luego en los teatros de Madrid.

Llegó por fin el suspirado día de ponerme en camino. Era el principal motivo de mi viaje un pleito que en última apelación seguíamos en la corte, y cuya favorable sentencia debía agregar un nuevo mayorazgo, a los que ya posee la antigua y noble casa de mi padre. Al despedirme no dije a mis amigos, «Adiós, chicos, que me voy a Madrid», sino: «voy a la ópera», y cátenme Vds. entrando por la puerta de Alcalá, sentado en el pescante de una galera después de doce días de sosegado viaje, amén de cuatro que permanecemos estacionados en una venta, esperando a que se despejara un nublado de pronunciamiento que nos hubo de caer encima. No llamaba mi atención la bella perspectiva de la anchurosa calle de Alcalá; porque a tiro de ballesta pude columbrar en una esquina una inmensa sábana pegada a la pared que en letras de pie y medio comenzaba: TEATROS.

-Este es hecho, dije para mi capote, función tenemos esta noche, y juro que a pesar de amigos y parientes, y de diez y seis días de movimiento...

Un siniestro y prolongado monosílabo del mayoral interrumpió mi juramento y detuvo a las seis mulas que arrastraban el incómodo carruaje. Nos hallábamos al pie de la administración, y... ¡o instinto previsor del que fija los carteles!, allí había también un colosal sentado sobre las ruinas de otros muchos, orleado de los *ruborosos* anuncios del Dr. Carbó, coronado de un excelente método para curar el cáncer, y hollando con sus gigantescas plantas un específico contra el mal venéreo. Al saltar a tierra me recibe entre sus brazos un paisano y amigote; me estruja sin compasión, y no bien se cansa, cuando llega de refuerzo una tía baronesa que Dios me dio, pimpollo del pasado siglo, arrugada, seca y blanda de ojos por añadidura. Fuera muy de enojoso el referir todas las caricias que me prodigó: pero mucho más me fue a mí el sufrir un beso de sus acartonados labios, y algunas lágrimas de *ternura* que de las suyas cayeron en mis mejillas. Desesperado de

no poder acercarme a leer el anuncio, saqué la cabeza por el hombro de mi tía, y entre las angustias de semejantes apreturas, noté que hablaba de función lírica; pero el título de la pieza estaba rasgado. Contento ya de tan feliz descubrimiento y no menos de haber salido del potro femenino, he aquí que me arremete un enjambre de chiquillos, todos nietos de mi tía, y todos importunos pedigueños como ellos solos.

Huyendo de aquella barahunda entré en el coche de mi tía, y allá se coló mi amigo, allá la enemiga turba de diablillos, y allá por fin una robustísima pasiega con una criatura en el pecho y otra de la mano. Suponga el holgado lector los sudores y trasudores que pasaríamos durante la larga carrera que anduvimos, y yo particularmente, que por mal de mis pecados, iba embutido en medio de mi tía y de la anchurosa nodriza llevando un par de sobrinillos en cada pierna.

Pero todo lo sufría con resignación. Informado de que era la NORMA del sublime Bellini la que aquella noche se representaba: ¡Loado sea Dios!, exclamé. ¿Con que se van a estrenar mis oídos con una de las obras maestras del arte? ¿Con que voy al fin a penetrar en la región del encanto, de la metamorfosis y de la melodía? Con estas reflexiones soportaba el sofocante calor de aquella infernal caverna, que tal podía llamarse el interior del coche.

Llegamos por último a casa. Abriéronse entrambas portezuelas del carruaje, que por uno y otro lado principió a vomitar gente y más gente, y aun así llevaba trazas de no quedar desocupado en todo un año; sudando a mares como estaba, me adelanté a dar la mano a mi tía; y como soplabá un agudo vientecillo de Guadarrama, y la operación se hizo con bastante calma, quedé traspasado de frío.

No bien la complaciente baronesa puso los pies en el umbral de su casa, cuando mandó que nos trajesen un par de lunetas para mi amigo y para mí; y ¡oh dicha!, ya las tenía en mis manos, ya iba a vestirme para salir, cuando he aquí que una tos seca y pertinaz me acomete, tórname mi voz gangosa, empieza mi nariz a destilar y... -¡Jesús!, qué constipado estás, sobrino!, me dice afligida.

-Esto no vale nada. Es un simple romadizo. Como salimos sudando del coche...

-¡Qué sudando, ni qué coche! La *grippe* es lo que tú tienes.

-¡La *grippe*!, dije yo espantado. ¿Qué especie de animal es ése?

-Vamos: esta noche te acuestas tempranito, te darán unos pediluvios, una taza de flores cordiales, unas..

-Señora, esta noche voy a la Norma, aunque esa *grippe* sea el cólera o la fiebre amarilla.

-¡Qué disparate! ¿Piensas que estás en la provincia? Aquí es necesario tener mucho respeto a los resfriados, a las pulmonías....

Y diciendo y haciendo, me lleva hasta la alcoba; un criado estaba ya calentándome la cama; mi tía me quita el levitón, mi amigo con aire socarrón me suelta los botones, y

heme aquí en calzoncillos sin otra apelación que la de meterme en cama, sí no quería morir helado.

Al otro día ya estaba yo casi enteramente restablecido. Trajéronme con el desayuno el *Diario de Avisos*: pasé rápidamente la vista por las gangas, pérdidas, ocurrencias y nodrizas; y tropecé por fin en los teatros. «Hoy no hay función. Pasado mañana se pondrá en escena el aplaudido drama lírico...» ¡Maldito seas!, exclamé tirando al suelo el insulso periódico, y tú también corte de las Españas que con tantas compañías no puedes sostener una función lírica por día. ¿En dónde estoy?, ¿sí habré salido de mi pueblo?

En los tres días de vacación quise ocuparme de mi pleito. Anduve visitando a jueces, abogados, relatores, agentes, etc., etc., pero ¡rara casualidad!, no encontré en casa más que al último, a quien tenía que entregar bastante cantidad de dinero. Algunos de aquellos a la segunda visita me citaron para el sábado a la noche... ¡Estáis frescos!, decía yo; para el sábado a la noche, tenía dos billetes de teatro y había aprendido a ponerme el pañuelo en la boca, y con tan extraordinaria precaución tenía tanto miedo a las *grippes* y a las pulmonías como al moro Muza: y en fin aunque llevara el diablo todos los mayorazgos del mundo, el sábado a la noche entraba por las puertas del teatro con mi inseparable amigo.

El telón estaba caído; casi desiertos los asientos; iban llegando poco a poco los músicos y la araña de cristal subía lenta y majestuosamente, al parecer en alas de sí misma, desde la humilde región de la tierra, a ser un sol en medio de la bóveda del coliseo. Alarmados por la poca concurrencia salimos al pórtico, y allí la misma soledad y mayor frío. Un grupo de gente leía a la luz de los faroles el cartel de la función; nos acercamos y vimos un papel manuscrito que estaba fijado en mitad del otro y decía así:

Por repentina indisposición de la primera donna, la señora doña...

-¡San Ginés me valga!

... no puede ejecutarse la ópera anunciada en los carteles, y en su lugar se pondrá en escena el nunca bien ponderado drama en seis actos y doce cuadros.

-¡Doce mil santos que te lleven!, dije con furia, haciendo añicos los billetes. ¿Es posible que todas las enfermedades se han de conjurar contra mí? ¿Es posible que todo un público haya de estar pendiente del catarro de una *prima donna*? ¿Es tanta la escasez de buenos actores que no tengan quienes les sustituyan?

Al día siguiente la prima donna estaba sin novedad en su importante salud; pero una alarma hízome detener en casa. Al otro el bajel del estado llegó triunfante al puerto de salvación; pero me cogió el abogado de su cuenta, le llevé a una fonda para charlar despacio de nuestro asunto, como él dijo, y el resultado fue quedarnos, a poco rato en disposición de alborotar, o de dormir con el humillo del Champaña.

¡Al otro!... ¡Al otro me enamoré!...

¡Qué muchacha la mía! Vivía en una calle retirada, cuarto bajo, con su madre, viuda de un brigadier, y que contaba treinta y dos meses de atraso en pagas, ¡excelente señora!

Pero sobre todo su hija. ¡Ah!, ¡su hija era todo una alhaja, tan vivaracha, con unos ojazos! ¡un talento!... Vamos, al momento conoció que yo era forastero. Pasaba por su calle y me quedé mirándola a la reja con la boca abierta.

-¡Caballero!

-Dispense V. señora, mi curiosidad, o más bien dicho mi embeleso.

-¿Es V. forastero?

-Y de bastante lejos.

-¡Jesús!, juraría que era V. de mi pueblo.

-¡Cómo, señora!, ¿mi lugar habrá de tener la honra de ser patria de una deidad?

-Viene V. tan lisonjero que no puedo menos de ofrecerle mi habitación.

Y sin darla más gracias, entré volando en su cuarto a tiempo que la bendita de su mamá la regañaba por aquella libertad, suspendiendo el rezo del santo rosario.

Según vimos luego la niña se había equivocado; pero no se equivocó la maldita en la puntería que con sus negros ojos hizo a mi corazón.

La brigadiera me fue informando de las prendas de su hija, de su mucha aplicación; todo cuanto veía, muebles, cuadros, mantillas bordadas y vestidos, todo era producto de su trabajo. Y para descansar, añadió, se sienta al piano y se pasa tocando las horas muertas.

-¡Toca V. el piano!, la dije en tono suplicante.

-Y canta como un ruiseñor.

-No me sonroje V. mamá, dijo la hermosa bajando la vista ruborosamente. ¿Qué dirá el caballero?

-Lo que yo digo, señorita, es que me hará V. un singular obsequio en mostrarme su habilidad. Sepa V. que soy muy filarmónico.

-¿*Dilettante*?

-Pues.

-Niña, no te hagas de rogar.

¡Y cantó!...

¿Necesitaba aquella ninfa convertirse en sirena para acabarme de enamorar? Al resonar los últimos acentos la hubiera abrazado de entusiasmo, y cuando en medio de mis ponderaciones oí a la brigadiera decir que pagaba con mucho gusto los cuatros duros mensuales por el alquiler del piano; yo le di mi palabra de traerles al otro día uno de seis octavas y de cola, a pesar de la resistencia que quiso oponerme, hija sin duda de su misma delicadeza. Yo fui perdido, muerto por Elisa, dispuesto a casarme con ella, a

llevarla a mi pueblo, encargar un piano a Londres, y pasar todos los días de mi vida contemplando en mi esposa y oyéndola cantar enajenado.

Aquella noche se ejecutaba una función extraordinaria. La empresa infatigable en despertar afición del público había contratado y traído de Italia una notabilidad musical. Una derrota del enemigo iluminaba el teatro; pero yo embebido en amorosos pensamientos no me acordé hasta el anochecer de que había ópera en el mundo. Fui entonces al despacho de billetes... ¡Billetes! ¡Ca! ni por un ojo de la cara se encontraba uno. Me acosté despechado a las diez, a la hora que me acostaba en mi pueblo; pero no dormí tan sosegado como en él dormía.

Algún tiempo después de amanecer volví a casa de mi hermosa. Su madre había salido a misa y ella estaba sola bordando. Manifestóse no poco inquieta por hallarse sin testigos delante de un hombre a quien veía por segunda vez.

Pero yo no deseaba otra cosa, veía los cielos abiertos, y la hice una acalorada declaración de amor, que si bien al principio aparentó escucharla con indiferencia, al término de la jornada me devolvió todas mis oraciones por pasiva. Sólo temía a su mamá, bastante rara y severa en materia de amoríos: pero V. añadió, le ha caído en gracia...

No bien hubo dicho estas palabras, cuando se me presentó la brigadiera delante, y en los términos más formales del mundo le pido la mano de su hija. No extrañe V., le decía, ésta mi determinación: yo soy un hombre franco, hidalgo, castellano viejo, y quiero jugar limpio ante todas cosas.

Por de pronto no tuve respuesta alguna decisiva: pero no pasaron muchos días sin conseguirla y la más satisfactoria del mundo.

Tan felices acontecimientos me habían hecho olvidar mis negocios, de tal manera, que se falló el pleito en contra mía, y todos echaron la culpa a mi poca actividad. Mi tía que sospechó mis amores por mis distracciones y continuas ausencias, amostazada por el mal éxito del litigio, regañó conmigo formalmente, y yo que jamás pude sufrir ni a mis maestros, rompí con ella y trasladé mis cofres a una fonda.

Entre tanto, ni mis amores, ni mi pleito, ni mis desavenencias domésticas me hicieron olvidar de la ópera. Pero el diablo que todo lo enreda, hizo que mi novia supiera mi afición; y que, ya fuese por probar mi cariño, ya por otras causas, me impusiera desde el principio de nuestro conocimiento el precepto de no asistir por un mes al teatro. Algo durillo era el tal precepto para un hombre como yo, mayorazgo, hijo único, muy mimado y muy mal educado ¿pero qué podía yo negar a unos labios como los de mi Elisa? Fuera de que un mes de abstinencia musical debía pasarse muy pronto a su lado.

Todas las noches me hacía ir a su casa de tertulia, para cerciorarse sin duda de que cumplía religiosamente su mandato; pero, lo extraño era que ella faltaba no pocas de su casa y que yo tenía que apechugar con la eterna charla de su mamá, que ya me iba fastidiando. Extrañábalo yo con justo motivo; pero me satisfizo diciéndome que para ocurrir a la subsistencia de la casa, se había visto obligada a dar algunas lecciones de música a las hijas de no sé qué Grande de España, prometiéndome dejar a fin de mes esta ocupación.

Amaneció por fin un día en que recibí por correo una carta de mi padre, corta de razones, pero preñada de misterios, en que me mandaba volver a casa con la mayor urgencia. Hubo muchos juramentos, muchos abrazos, muchas lágrimas y muchas promesas: hubo que me dio mi Elisa un rizo de sus negros y lustrosos cabellos, en cambio de mi retrato engarzado en oro, y pendiente de una magnífica cadena, la dejé con un brillante aderezo, en prenda de mi amor y de mi palabra de casamiento.

Aquella noche, víspera de mi marcha, quise hacerla traición y asistir a la ópera, siquiera por tener que responder a mis paisanos que conociendo mi grande afición se burlarían si, después de un mes de residencia en Madrid supieran que me venía tan fresco como cuando salí de mi pueblo.

Mi amigo estaba ausente hacía algún tiempo y por lo mismo fui solo. Hallábame en las puertas del teatro: los coches iban llegando a toda prisa, las gentes acudían que era un contento y sitiaban la ventanilla del despacho de billetes: pero yo ya tenía el mío en el bolsillo.

Llamaron mi atención unos hombres de mal aspecto y peor facha, que se arrimaban misteriosamente al oído de los que venían, murmurando no sé que palabras. Yo me temí que la ópera se convirtiese en una conspiración: me temí que aquellos hombres diesen orden de que dejásemos el puesto; me temí... todo puede temer la imaginación de un hombre que tantos chascos había recibido.

-¿Qué gente es ésa?, le dije con voz aterrada a un conocido que se paseaba en frente del teatro.

-Son revendedores de billetes, me respondió, que se apoderan muy de mañana de cuantos pueden, para hacerle a V. el favor de dárselos a la tarde por el doble precio de su valor.

-¿Y no castiga la policía tan escandaloso monopolio?

-Es una raza inextinguible. Llenas están las esquinas contra tamaño abuso; pero ya sabe V. lo que son los bandos: los ladridos de un perro que avisa para no morder.

Entré con mi conocido a las lunetas, y precisamente las teníamos juntas y en primera fila. La hora anunciada en los carteles para dar principio, había pasado, y el público ocupaba casi todos los asientos; pero la orquesta callaba y el telón estaba inmóvil, y yo tiritaba no de frío, sino de miedo. El patio explicaba su impaciencia con un estrépito horrendo de pies y bastones, no sin dejar de llevar cierto compás en medio de tan desordenada algarabía: hubiera yo hecho mis observaciones sobre nuestra tendencia musical, a tener más buen humor y menos desasosiego. Contentábame con maldecir a los alborotadores, y manifestar a un vecino el temor de que los actores, irritados de semejante descortesía, no quisiesen por lo mismo salir a las tablas, y no se rió poco el buen hombre de mi simplicidad.

Los músicos comenzaron a templar los instrumentos... ¡Bárbaros!, clamaba yo volviéndome al patio ¡silencio! ¿Cómo han de afinar si no les dejáis oír? ¡Pero nada!, ellos seguían tenaces con su monótono estruendo, hasta que un sonido armónico de toda la orquesta junta les hizo enmudecer.

El corazón me latía con más violencia a medida que se acercaba el momento de conseguir lo que tanto anhelaba.

¡Álzase al fin el telón! ¡Oh!, no pude reprimir una exclamación de júbilo y quedé como extasiado.

Era la *obertura* un magnífico coro de guerreros, ora sordo y conmovedor como el ruido que precede a un terremoto, ora terrible y violento como la voz de los huracanes.

Siguióse luego otro coro de vírgenes que vestidas de blanco y coronadas de flores salían con lento paso...

-¡Santo Dios! Diga V. caballero, ¿quién es esa corista?, pregunté azorado.

-¿Cuál?

-La tercera de la izquierda. ¿Quién es? ¿La conoce V.?

-Y mucho.

-¿Su nombre?

-Elisa.

-¡Elisa!, repetí con voz ahogada.

-Sí señor, prosiguió mi compañero, es una muchacha que la empresa ha ajustado provisionalmente para corista por un par de meses. La contrata concluye de aquí a quince días; pero la empresa no piensa renovarla, porque aunque tiene buena voz y mejor presencia, su conducta no corresponde a tan bellas prendas y en cierta manera deshonra a otras de su clase que están muy lejos de imitarla.

-Conque su conducta... su conducta, le dije, cortado y balbuciente.

-Vamos es... Cuando le digo a V. que asociada con una vieja que se dice su madre, y es...

-¡Vea V. vea V. cómo la pérfida me mira y sonrío!...

No pude aguantar más; atropellando a todo el mundo salí del teatro, fui a casa y llorando de cólera y de vergüenza me precipité en el lecho...

A las cuatro de la mañana del día siguiente estaba fuera de Madrid: un mes de permanencia fue suficiente para que perdiese un pleito, riñera con una tía respetable, malgastase mi dinero y me hiciese digno del enojo de mi padre que informado de tantas locuras me mandaba llamar. Y no sólo no pude conseguir ver una ópera sino que quedé imposibilitado de asistir ni siquiera a un mero concierto; porque la música me recordaba muy vivamente aquella mujer que no podía menos de amar, y aquellas aventuras cuya memoria me abochornaba.